

# **UN CARISMA HECHO CULTURA**

**Para así vivirlo con pasión y radicalidad**

**José María Arnáiz sm**



**Servicio de Publicaciones Marianistas  
Madrid. 2007**

## INDICE

<b>Presentación.....</b>	<b>5</b>
 CAPITULO I	
<b>Un gran desafío, interesarse por la cultura marianista.....</b>	<b>8</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>- “Misión y Cultura”: Capítulo General de la Compañía de María-Marianistas en 1991</li> <li>- Necesidad de una cultura fuerte</li> <li>- La búsqueda de una respuesta: ¿La vida marianista cerca o lejos de la cultura postmoderna?</li> <li>- Formar es iniciar en la cultura marianista</li> <li>- La iglesia, con sus diversos golpes de timón, ha contribuido a despertar en mi interés por la cultura marianista</li> <li>-</li> </ul>	
<p>Para reflexionar y compartir Historia de las últimas décadas de la cultura marianista</p>	
 CAPITULO II	
<b>¿Para quién y para qué se escribe este libro?.....</b>	<b>18</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>1. Destinatarios</li> <li>2. Intenciones y propósitos</li> </ul>	
<p>Para reflexionar y compartir Profundizando en la cultura marianista</p>	
 CAPITULO III	
<b>Cuando hablamos de la cultura marianista ¿de qué hablamos?.....</b>	<b>25</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Hay una cultura de la vida marianista?</li> <li>2. ¿De que hablamos cuando de esta real cultura marianista hablamos?</li> <li>3. Describiendo la cultura marianista               <ul style="list-style-type: none"> <li>a. Es una cultura</li> <li>b. Es una cultura que tiene en su núcleo una espiritualidad</li> <li>c. Es una cultura que esta muy marcada por la actividad de la educación</li> <li>d. Es una cultura que a partir de las últimas décadas del S. XX intensificó su dimensión inclusiva: vida religiosa y vida laical y hombres y mujeres</li> </ul> </li> <li>4. Una triple dimensión.               <ul style="list-style-type: none"> <li>a. La cultura que hemos heredado</li> <li>b. La cultura de nuestra familia espiritual</li> <li>c. La otra cultura</li> </ul> </li> </ul>	
<p>Para reflexionar y compartir Representación de la cultura marianista</p>	
 CAPITULO IV	
<b>¿Cómo ha nacido y se ha desarrollado la cultura marianista?</b>	
<b>Origen geográfico e histórico y evolución de la misma.....</b>	<b>38</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>1. Geografía de la cultura marianista</li> <li>2. Geografía e historia de la cultura marianista               <ul style="list-style-type: none"> <li>a. Geografía</li> <li>b. Historia</li> </ul> </li> <li>3. Situación frente a los grandes mundos culturales</li> <li>4. Dinámica de la inculturación marianista</li> </ul>	
<p>Para reflexionar y compartir Hay peligro y hay salvación, una experiencia de cultura moderna</p>	

## CAPITULO V

**Descripción de la cultura marianista**..... 57

1. Núcleo o elemento central de la cultura marianista
2. Dimensiones típicas de esta cultura
3. Elementos importantes de la cultura marianista

Para reflexionar y compartir

Aportes diversos a la cultura marianista

## CAPITULO VI

**Expresiones de esta cultura marianista**..... 62

1. Misterio
2. Visión
3. Estructura mental
4. Mitos
5. Motivaciones y sentido
6. Símbolos
7. Ritos
8. Los modos de celebrar y organizar las fiestas típicas; la manera de vivir el dolor y de expresarlo
9. Modo de vida
10. Historia e historias
11. Costumbres formales e informales
12. Contexto físico y material
13. El juego de artefactos
14. Valores que emergen de la interacción de lo organizativo
15. Ideologías
16. Normas
17. Actitudes asumidas y desarrolladas y el estilo conseguido
18. El modo cómo enfoca y resuelve los conflictos
19. La manera cómo se ejerce la autoridad y se organiza el grupo
20. El alimento y la comida
21. Las expresiones artísticas y el modo de adornar la casa
22. El vestir Lenguaje del marianista: palabras y decires

Para reflexionar y compartir

Cultura marianista es un centro educativo

## CAPITULO VII

**Tareas frente a la cultura marianista**..... 94

- Identificarla para describirla
- Articularla para llegar a descubrir su dinamismo interno
- Confrontarla para clarificarla y enriquecerla
- Purificarla para revitalizarla
- Justificarla para valorarla
- Hacer de la cultura marianista, nuestra cultura matriz para poder subsistir y multiplicarse
- Generar cultura marianista para general vida marianista
- Transmitirla para implementarla
- Atreverse a proponer los grandes elementos del humanismo marianista

Para reflexionar y compartir  
Profundizando en la cultura marianista

## CAPITULO VIII

### **Pensando en una alternativa..... 108**

- Tomar conciencia de estar tensionados
- Una cultura hecha de convicciones
- Convicciones que llevan a una propuesta
- Los grandes animadores de la cultura
- Un nuevo lenguaje
- La nueva geografía de la cultura marianista
- Despertar la admiración en una cultura de la mediocridad
- Rehacer la trama común de lo que somos
- Iniciarse en una mistagogia adecuada
- Icono de la cultura marianista alternativa: María
- Y así se consigue una nueva cultura

Para reflexionar y dialogar

Propuestas que nacen de la cultura marianista

1. Una propuesta teológica
2. Una propuesta espiritual
3. Una propuesta pastoral
4. Una propuesta celebrativa
5. Una propuesta cultural
6. Una propuesta sociopolítica

## CAPITULO IX

### **De los frutos de esta alternativa..... 132**

- Superar la memoria corta
- Buscar lo nuevo de lo nuevo
- Para reinterpretar esta cultura marianista nada mejor que confrontarse con la de otros.
- Situarse más allá de las ofertas y llegar a las transformaciones
- Y por esas transformaciones conseguir un futuro vivo
- Poner pasión y radicalidad
- Para ello redescubrir la cultura marianista
- 

Para dialogar y compartir

La cultura marianista nos hace marianistas

## EPILOGO

### **Llegamos a lo coyuntural de la cultura marianista..... 141**

Para reflexionar y compartir

## Presentación

Desde hace más de dos décadas que se cruzan con frecuencia por mi mente, por mis labios y por mi corazón palabras y realidades como cultura, marianista y carisma. Durante este tiempo he tratado de entenderlas y valorarlas, juntarlas e interrelacionarlas, compartirlas con otros y con ellos recrearlas. Me ha costado.

Esta tarea me ha pedido pasión y radicalidad. Exige recuperar la fuerza y vigor que llevan dentro las expresiones o manifestaciones de la cultura marianista. Sólo así se la vive intensamente.

Esta cultura se ha hecho y se hará en diálogo y contraste con la postmodernidad y, sobre todo, con el P. Chaminade o con el joven marianista que trabaja en un banco o cuida a unos enfermos o inicia en la fe a un nuevo creyente o hace su contribución en un colegio marianista donde enseña para educar y educa para servir y sirve para amar.

Con el P. Chaminade comienza una corriente de experiencia cristiana y humana que tiene su origen en este sacerdote francés que vivió los días de la revolución francesa. De él procede una concepción carismática e institucional, espiritual y cultural. Esta corriente ha avanzado con períodos de crecida y de estiaje por el cauce de la historia de los dos siglos pasados. Ha engrosado su caudal con los pequeños afluentes de las experiencias personales o grupales de muchos marianistas. A veces esas corrientes han cristalizado en estructuras sociales, políticas, religiosas o económicas que reavivan su vitalidad.

De esta historia voy a hablar en este libro. Evocando la conocida canción chilena, sé que “dos puntas tiene el camino y en las dos alguien me aguarda”. La una es un carisma y la otra, una cultura. El que aguarda es el marianista de carne y hueso, laico o religioso, joven o anciano, hombre o mujer. Aguarda caminando o mejor aún, peregrinando. Voy a contar cómo han ido apareciendo en el horizonte de mi vida algunos intereses y preocupaciones sobre este tema al descubrir cómo este carisma se ha hecho cultura y al tener que describir cómo es una cultura que nació y sigue naciendo de un carisma. Por eso suscita vida y profecía.

La gran intuición de este libro la encontramos en el título del mismo. Nos va a acompañar en todas sus páginas. Nace de un parangonar con mucha libertad un texto célebre de Juan Pablo II. Una espiritualidad que no se convierte en cultura es fruto de una fe no madura y poco fecunda. No será acogida plenamente ni vivida intensamente. Una cultura que no integra una espiritualidad deja a quienes en ella o de ella viven sin alma, sin pasión y tensión<sup>1</sup>. La espiritualidad forma parte, como elemento constitutivo, de todo lo que es marianista. También de su cultura.

Desde hace un par de siglos algunos hombres y mujeres que nos llamamos marianistas, decididos a vivir una existencia más allá de lo evidente, hemos desarrollado un estilo de vida, un conjunto de valores, una actitud social y religiosa, una manera de pasar por la historia concebida para infundir vida a la vida. Es un misterio que se debe revelar y en el que se encierra mucha sabiduría.

De esta vienen mensajes que han servido y siguen sirviendo de paradigma para configurar la existencia de quienes buscan uno. Ella nos urge a que asumamos, como timón y faro, una serie de valores concebidos para proporcionar profundidad, sentido y felicidad a los que esto buscan. Por ella descubrimos que el encuentro con la cultura es algo de la vida cotidiana.

Vivir sin hablar es mejor que hablar sin vivir. Poner de acuerdo palabra y vida es un buen desafío. El que me ha acompañado al escribir este libro. En él, de vida se habla. Se intenta contarla y ese

---

<sup>1</sup> “Una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no vivida con fidelidad” Juan Pablo II, Carta Consejo Pontificio de la cultura, 20 mayo 1982

cuento, más o menos conseguido, es la cultura marianista. El secreto ha estado en poner en esta narración creatividad, aunque no siempre se logra, y no ahogar nuestro espíritu a base de rutina. Sólo así somos capaces de pasar por la vida con los ojos y el corazón bien abiertos y de expandir los aspectos humanos y divinos del carisma marianista.

Este libro no quiere dejar encerrado al marianista en un pequeño mundo. Se le invita a ser al mismo tiempo varias cosas en una: marianista y cristiano, marianista y postmoderno, marianista y místico, marianista y africano, marianista y de tendencia globalizadora. En esta tarea le acompaña y guía un principio importante en la tradición marianista. En ella por un doble consejo sabio de su fundador hay que buscar la unión sin confusión y conseguir que lo esencial sea lo interior. De la matriz cultural marianista se pueden extraer combinaciones múltiples y abrir a horizontes diversos. Para ello hay que calar hondo. Caben muchas combinaciones. El pluralismo es el trasfondo esencial de nuestro tiempo. Pluralismo que se puede vivir mal o se puede tener de él una estupenda experiencia.

Para estar cómodo en este tiempo plural y no ponerse nervioso hay que ser alguien y algo; hay que ser marianista. Marianista para uno tiene que ser sustantivo. Es verdad que en nuestros días podemos configurar la visión del mundo a la carta. Pero no puede faltar quien, con juicio sano, haga la elección del menú. Una de las conquistas fundamentales del S XX consiste en lo siguiente: el derecho de cada cual a ser uno mismo. Un derecho, por lo demás, que pocas veces ejercemos.

Podemos usar el símil del compás. Para poder trazar el círculo mayor o más pequeño, en color rojo o negro, se precisa apoyar bien la punta fija, tener un claro punto de apoyo y con radio mayor o menor trazar las circunferencias. Pero sin el punto de apoyo no hay nada que hacer. En nuestro caso el punto de apoyo lo tienen las personas que asimilaron el carisma marianista; ellas, vivas o muertas, son el punto de apoyo. Ellas podrán hacer con soltura la circunferencia de la cultura marianista.

En los días de la redacción de este libro me ha guiado la convicción de que un marianista tiene que saber enfrentarse con los temas esenciales de la realidad y de la cultura. No debe dejarlos de lado. Es evidente que una cultura concreta, como la nuestra, es un pequeño río de experiencia que fecunda todos los campos por donde pasa. Tiene que enfrentarse, también, con la etiqueta de marianista que se ha puesto y está obligado a decir lo que designa con esa palabra. Cultura y marianista juntos pueden vivir un momento fecundo. Pueden ser como polen y pistilo que dan con las flores esperadas.

Sobre ellas no fingiré certezas que no tengo. Hablar de cultura no es tema fácil; como tampoco lo es hacerlo de un carisma. A veces daré la impresión que se interrumpe el discurso en los puntos decisivos. Puedo decir desde ya que es porque se interrumpe la vida. Otras animaré a dar pasos adelante con palabras bondadosas. Más de uno tendrá la impresión de que se ha expuesto en trescientas páginas un argumento que se puede presentar en diez. No se debe dudar que se procura presentar grandes verdades que afectan el diario vivir de los marianistas.

El tema debería resultar fascinante para los marianistas. Lo es ya hablar de la cultura. En este caso lo haré, como ya se ha dicho, haciendo zoom sobre la cultura marianista. Incluso para los que no son marianistas el argumento debería resultarles interesante si yo supiera contarlos bien. Se trata nada menos que de conocer un árbol genealógico y sus frutos y hacer historia de nuestra común familia para encontrar su hilo conductor y para que otros terminen haciendo lo mismo que no es poco. En el fondo, se trata de contar una importante aventura del espíritu humano, con pleamares y bajamares y con luces y sombras.

Bergson decía que en la obra de todo pensador se parte de una intuición única que se va desplegando o abriendo como ocurre en la muñeca rusa. Siempre se habla de la misma cosa aunque no lo parezca. Esa será la impresión de más de uno al terminar de leer estas páginas. Con todo creo poder decir que me ha movido un cierto dinamismo expansivo. He buscado sacar lo mucho de lo

poco, extraer lo nuevo de lo viejo, lo concreto de lo abstracto. Abstracta es la cultura.

En el fondo he pretendido como bailar con este tema tan fundamental, convencido que ello supone *convertir el esfuerzo en gracia*. El bailarín trabaja, suda en la barra, se ejercita y todo ello para conseguir agilidad y sin que se note el esfuerzo. Gracia, valentía, movimiento, belleza es algo de lo que quiere poner este libro en la vida marianista. Así se llega a la bondad, lo más valioso entre lo valioso. Así se construye el Reino que lo es todo. Por eso querría hacer esta reflexión con el espíritu que refleja este estupendo poema de Álvaro Pombo:

¿A qué viene este alegre revuelo de picazas?

¿A qué viene este júbilo del sol en los botijos?

¿A qué viene este acento tan claro y confiado en mis propias palabras?

¿Y esos abecedarios con billones de lenguas con trillones de llamas?

¿Y esos niños de Ocaña que han prendido una hoguera?

¡Oh saltos de alero!

Hay cinco jugadores jugando al baloncesto

¿A qué viene este impulso que germina en mis ojos, en mis pies, en mis brazos, en los nenes, los viejos, las viudas, los chopos que aplauden en las gradas?

De pronto en este salto ¿a qué viene este júbilo?

¿Con quién estoy alegre?

¿A qué viene este inmenso trino de las alondras que retumba en las bóvedas craneanas del mundo?

¿Por qué hay tantos pardillos de inteligentes ojos como alfileres de oro?

¿Es el reino?

Como lo primero que le interesó a Jesús fue el reino debería ser lo primero que le interese al marianista y para eso hay que hablar de una pequeña expresión de ese reino: la cultura marianista.

De estos intereses y preocupaciones y de esta trayectoria ha nacido este libro. Su plan es sencillo. Espero que su contenido sea inspirador y elocuente. En una primera parte se habla de los destinatarios del mismo, que se identifican con los sujetos y responsables de la cultura marianista, los beneficiados de la misma y los formados en ella y por ella. En un segundo momento se despliega el contexto cultural con el que tiene que empalmar la cultura marianista hoy día. Esta cultura marianista tiene que negociar su identidad en un cruce de dos miradas. La de un pasado fecundo y la de un futuro prometedor pero poco claro y preciso. Se buscan las raíces que son a la vez arraigo en la tierra y cauces de alimento. Cuanto más nutridos estemos en un Fundador y en muchos y muchas fundadoras, estamos más arraigados y más útiles seremos para la misión a la que el Señor nos envía. Cuando eso se dé nos saldrán alas. Podremos volar y volar alto y lejos y tomar perspectiva en el panorama actual.

En un tercer momento se buscan oportunidades para fomentar una cultura de la vida marianista. Se parte de una necesidad sentida hoy por muchos y muchas de multiplicar los nutrientes que necesitamos para recrear, alimentar y cultivar una cultura marianista arraigada en la experiencia, fortalecer la práctica del discernimiento cultural y revitalizar una cultura en red para la misión. Estos son los cauces para no perder la memoria y recrear los nuevos nombres de la fidelidad.

Al final del libro se nos colocará ante una alternativa: generar, revitalizar, asimilar, transmitir, decir cultura marianista en el contexto cultural de nuestros días o morir. Veremos que hasta María quiere implicarse en este empeño ya que es el de su familia.

## Capítulo I

### Un gran desafío, interesarse por la cultura marianista

Es relativamente reciente entre nosotros la toma de conciencia de la importancia de la cultura y de las culturas. En las últimas décadas del siglo XX se comenzó a despertar la conciencia del puesto que ocupa la cultura en el entramado sociopolítico, económico y educativo. A tal punto que se está llegando en nuestros días a considerar la cultura como el dinamismo fundamental que condiciona toda forma de vida, incluida la religiosa. Se ha afirmado con fuerza y claridad “que el porvenir del hombre depende de la cultura” (Juan Pablo II UNESCO 1980)<sup>2</sup>.

Han sido varias las experiencias concretas que en los últimos años han contribuido a crear en mí y en muchos otros una conciencia clara de que esta realidad humana es una pieza clave para la vida marianista. Más aún, al participar en esas experiencias he ido haciendo un camino de búsquedas y de encuentros. Voy a evocar algunos de esos acontecimientos que han marcado mi pensamiento y mi modo de proceder.

#### 1.- “Misión y Cultura”: Capítulo General de la Compañía de María-Marianistas en 1991

Desde 1991, fecha en que los religiosos marianistas *nos reuníamos en Dayton (USA) en Capítulo General, el tema de la cultura me ha interesado mucho*. Cultura fue, sin duda, la palabra más repetida durante ese encuentro de 30 días en el mes de julio de 1991. Fue la gran perspectiva de nuestras reflexiones y decisiones sobre la vida y la misión de la Compañía de María. Se intentó analizar la cultura moderna y sobre todo el dinamismo cultural en que nos hallamos insertos; se inició una evaluación de ese dinamismo; se buscaron los criterios para descubrir y valorar sus tendencias. Allí se recordó que para un marianista la cultura marianista tiene que ser la *cultura matriz*. Desde ahí se podía uno situar adecuadamente en el texto y contexto de la cultura que se respiraba en el final de un milenio y se respira en el comienzo de otro. Se recordó, sobre todo, y con fuerza a los religiosos el punto de referencia principal de sus vidas: “*Jesucristo es el centro de toda cultura y de toda vida humana*” (Misión y cultura, 19). Los marianistas religiosos tomamos conciencia en el Capítulo general de que nuestra vocación especial es la de inscribir en el corazón de las culturas la esperanza de los cielos nuevos y la tierra nueva. Como el Papa Juan Pablo II ha recordado repetidamente, el Evangelio lejos de poner en peligro o de empobrecer las culturas les da un suplemento de alegría y de belleza, de libertad y de sentido, de verdad y de bondad.

Tuve la impresión que cuando así se hablaba en el Capítulo de cultura no todo el mundo entendía lo mismo ni a todos les sonaba bien el neologismo “*cultura marianista*”. Ello a pesar de que ya desde un primer momento se la identificó de una manera muy espontánea con *el conjunto de los conceptos y valores que son las normas de conducta del grupo marianista*. Estos conceptos y valores se transforman en cultura cuando se cultivan mediante determinadas acciones o prácticas concretas. Así se transforman en costumbres o hábitos, en modo de ser y de proceder. Se dijo, también, que las culturas se originan o cambian por determinadas circunstancias, por necesidades sentidas o por la realización de ciertas opciones concretas.

Hay que constatar, también, que *no todos los participantes en el encuentro tenían el mismo interés por el tema*. En mi opinión fue una ocasión perdida para que la Compañía de María se diera cuenta que se jugaba mucho en su forma de situarse frente a la cultura ambiente. Cultura que en opinión de

---

<sup>2</sup> “En el pasado cuando se intentaba definir al hombre, casi siempre se hacía referencia a la razón, o a la libertad, o al lenguaje. Los recientes progresos de la antropología cultural y la filosofía demuestran que se puede obtener una definición no menos precisada de la realidad humana, refiriéndose a la cultura. Ésta caracteriza al ser humano y lo distingue de los demás seres no menos claramente que la razón, la libertad y el lenguaje” Juan Pablo II, Discurso Universidad de Coimbra, 15 mayo 1982

unos era agresiva para nuestras creencias y comportamientos marianistas y para otros se la podía convertir en punto de referencia de una nueva etapa y en trampolín para dar un nuevo salto en nuestra historia. Pero para todos, de una u otra manera, se transformó en una preocupación. Se coincidía en las discusiones de esos días que la cultura ambiental nos ofusca a todos un poco. No faltó quien llegó a decir que nos estaba “acosando” y quitando identidad. Sin embargo, se reconoció que la cultura no se elige; está ahí y en ella estamos inmersos. En ese mar tenemos que navegar. No hay otra ruta ni atajo para hacer la travesía y pasar a la otra orilla.

Se aceptó que el marianista vive, al menos, en *dos contextos culturales*. El primero es el del país o zona en la que cada uno está. En nuestros días tiene un fondo común, y lo llamamos postmoderno<sup>3</sup>. Éste tiene e impone sus propias normas, costumbres y hábitos. Influye fuertemente sobre cada uno de nosotros. A veces chocamos con él. Para situarnos adecuadamente se impone el conocer bien esta cultura de la que hablamos y en la que nos movemos<sup>4</sup>. Es muy importante saber cómo piensan las personas que nos rodean, los valores que defienden y les mueven, cuáles son sus miedos y sus aciertos. Los que vivimos en estas décadas respiramos el mismo aire y tenemos pulmones muy semejantes. No podemos caer en ese mundo como marcianos. Esa cultura y realidad ambiental nos desafía constantemente. A través de toda esta reflexión el juicio sobre la misma es doble y coincide con el que le daba Juan Pablo II: Nuestro tiempo es “dramático y al mismo tiempo desafiante” (RM 38).

El segundo entorno cultural en que vivimos es el de la Familia marianista. Este también nos propone un original conjunto de conceptos y valores que vienen del carisma del Fundador y que han quedado plasmados en nuestras vidas y en nuestros documentos de familia. La cultura de nuestra vida marianista es una subcultura, es decir, la cultura de un pequeño grupo que está dentro de otra cultura mayor, dominante, que es la de la sociedad en la que vivimos. Las costumbres de la cultura dominante se adquieren fácilmente a través de una cierta socialización espontánea y ambiental. Las de la subcultura se asimilan después de un esfuerzo deliberado de imitación, iniciación y asimilación. En ella nos iniciamos y a veces con dificultad.

El P. Quentin Hakenewerth en la apertura del Capítulo se atrevía a hacer una afirmación que se confirmaría después: *“Estoy convencido de que la vida espiritual marianista es capaz de dar sentido profundo a nuestra existencia y de procurarnos una inmensa alegría en nuestra misión. Pero también estoy convencido de que la mayor parte de nuestros religiosos reciben actualmente más motivaciones y más energía de la cultura dominante ambiental que de la vida espiritual marianista que vivimos”*. Esto quiere decir que la cultura dominante influye en nosotros más que nuestra propia cultura religiosa marianista. Se desea vivir los valores de la cultura marianista. Pero de hecho en nuestro trabajo diario los valores reales son los que ofrece el medio ambiente. Más de una vez hemos podido pensar que en el entorno primero, el de la cultura que nos rodea, no hay lugar para la fe y de forma más concreta para la cultura marianista. Esto nos ha podido dejar perplejos y por supuesto nos ha podido llevar a posturas poco consistentes.

Los cambios que se están produciendo en el mundo lo son a niveles antropológicos profundos, se recordó en el mismo encuentro. La gran amenaza para la fe no son los gobiernos hostiles ni los sistemas políticos ni la falta de tino en los agentes pastorales; la gran amenaza es la *cultura, una*

<sup>3</sup> El cambio sociocultural contemporáneo es como un torbellino, señalaba el Card. Poupard en el Sínodo de 1990. Para él la cultura actual se puede describir del modo siguiente: “paso de la permanencia a la movilidad, de lo inmutable a lo provisional, de lo especulativo a lo operativo, de lo vertical a lo horizontal, de la verdad a la sinceridad, de lo absoluto a lo relativo...”

<sup>4</sup> De hecho, la cultura ambiente se convierte en un dinamismo fuerte y vital que nos mueve y nos lleva en una determinada dirección. Este entorno lo podemos definir de una manera muy sencilla diciendo que nos pide saber más que creer, ver más que intuir; que el horizonte de todo es lo humano. En ella se excluyen todo tipo de misterios sagrados y humanos; el relativismo priva sobre los valores absolutos. Lo sagrado no entra en la configuración de esta cultura y su dinamismo. Se han terminado los meta-relatos y solo valen explicaciones parciales, fragmentos, pensamientos blandos y digeribles. Se valora lo sensual, lo relacional y el placer.

*forma de vida, una organización de la sociedad que ni siquiera es anticristiana sino que simplemente es indiferente a lo religioso y a lo cristiano.* El problema de los marianistas es esta cultura que pisa con pie firme en la realidad humana al menos en Occidente. Ella, se ha convertido en una tendencia vital que lo invade todo. No se puede prescindir de esta cultura cuando se mira nuestra sociedad y a esta sociedad se habla.

Fruto de la reflexión del Capítulo se sacó un libro en Publicaciones marianistas, con la colaboración de autores varios, que se tituló: “*Audacia y lucidez*”<sup>5</sup>. Las dos actitudes necesarias para enfrentar bien las tendencias culturales del mundo actual; para sobrevivir o, mejor aún, para comenzar una nueva etapa y entrar en un proceso de revitalización. Un grupo como el marianista solo con gente audaz y lúcida dará con el secreto para ser significativo y fecundo. Con el correr de los años a estas dos actitudes he ido añadiendo otra: *la fidelidad creativa*. Me ha gustado cada vez más la fidelidad para mi vida y para la de los demás. Pero una fidelidad creativa, que apunta al futuro, que no repite, que tiene el coraje de comenzar siempre sin olvidar las raíces. Ese árbol carismático se planta en lugares nuevos y tierra nueva y allí tiene que florecer y dar fruto. Tiene que recorrer el ciclo vital en el que no le faltan días de invierno antes de llegar a los de primavera y verano.

## 2. Necesidad de una cultura fuerte

He vivido últimamente un acercamiento al tema de la cultura desde otra perspectiva. Hace solo unos meses, trabajando sobre la fragilidad vocacional, que acompaña a laicos y religiosos, especialmente en este momento de nuestra historia, se concluía que *hay grupos eclesiales que permanecen más fieles que otros y eso se debe a que tienen una “cultura fuerte”*. Eso les da una mayor garantía en su fidelidad a la vocación matrimonial, religiosa, sacerdotal, misionera. Estos grupos crecen y se multiplican; convocan a muchos y sus integrantes perduran en su opción. Su cultura está bien definida y la siguen desarrollando y les da consistencia. Les lleva a la uniformidad, no siempre la más sana, y les permite tener una alternativa clara frente al medio ambiente.

Esa cultura fuerte, en una palabra, les genera identidad, vitalidad y les permite convertirse en propuesta nueva y seria frente a otros grupos que les rodean. Esta reflexión ¿me hizo soñar en una cultura marianista que fuera fuerte? Sí y no; pero más sí que no.

En conversaciones recientes tenidas con Antonio Gascón, autor del trabajo, todavía en curso, sobre la Historia de la Compañía de María, concluíamos algo muy importante. *La historia de los religiosos marianistas la podemos dividir en dos grandes períodos*. El primero, por decirlo breve, está marcado por la cultura moderna y por una cultura fuerte. En la vida y la misión de los religiosos marianistas en ese tiempo destacaban los valores de la eficiencia, el trabajo, el esfuerzo, el orden, la disciplina, los buenos resultados, el crecimiento, la educación bien llevada. En esos días esa cultura marianista marcó a las personas. Esta forma de vida ha sido curiosamente definida por algunos como “liberal” y corresponde al contexto cultural de la modernidad. Durante ese período nos ha interesado más el hacer que el ser, las actividades que las relaciones con las personas. La Familia marianista nace en esa cultura. Han sabido responder adecuadamente, sobre todo por su trabajo educativo, a los desafíos que de este contexto sociocultural le llegaban. Se identificaron con ella y se dieron una forma de vida que fue respuesta adecuada a la misma. Esta cultura ha acompañado a los marianistas hasta hace pocas décadas. En ella nos encontrábamos cómodos pero iban apareciendo interrogantes y cuestionamientos sobre la misma.

Más adelante volveremos al tema de la cultura fuerte. Frente a este contexto sociocultural en el que nos encontramos los marianistas, de cambios profundos y numerosos, para gestionar bien la situación no basta con las buenas intenciones. Se precisa una visualización clara del futuro al que se quiere llegar. Se precisa, también, tener la capacidad para alcanzarlo. La visión es el *I have a dream* de Martin Luther King. La capacidad viene de la calidad de todos y cada uno y la evocan los mejores. Ambos elementos necesita la Familia marianista para resituarse en el presente momento

<sup>5</sup> AAVV, “Audacia y lucidez, vida marianista y cultura moderna”, Madrid, Ediciones SM, 1992

en la cultura ambiente. Ello supone una reformulación de la misión. ¿Será esto una versión de una necesaria e inteligente cultura fuerte que necesitamos los marianistas?

### **3.- La búsqueda de una respuesta: ¿La vida marianista cerca o lejos de la cultura postmoderna?**

Cerca. Por tanto, el marianista y menos el marianista joven, *no tiene que dejar de ser postmoderno para ser marianista ni tiene que dejar de ser marianista para ser postmoderno*. Ese marianista joven tiene que encontrarse, cuando llega a una comunidad cualquiera de la Familia marianista, que en ella y en sus integrantes hay sintonía con la postmodernidad; en otras palabras, con nuestro mundo. La postmodernidad no es un enemigo del que la vida marianista tiene que huir ni dar la espalda. Es algo con lo que tenemos que convivir. Puede hasta darnos pautas para la vida marianista. Sin embargo, esta relación no es fácil. Bien podemos decir que lo que nos pasa hoy, como Familia marianista, es que no sabemos bien lo que nos pasa.

Comencemos por precisar lo que se entiende por postmodernidad. Por supuesto es algo que viene después de la modernidad; pero no es un fruto de la misma. Más bien nace como reacción contra la modernidad. La cultura humana es una realidad histórica situada en el tiempo y en el espacio. Esta concreta realización cultural de la postmodernidad se puede definir. Se sitúa entre la modernidad y lo que algunos comienzan a llamar la tardía postmodernidad. Está llegando a todos los rincones del mundo. Comenzó en los países desarrollados del mundo occidental.

Sobre todo se puede describir por las tendencias culturales propias de nuestros días. Por supuesto, es una cultura cambiante y en ella el cambio se ha convertido en un importante criterio de verdad. El pensamiento es ligero y se habla hasta del hombre “light”. En la postmodernidad la dimensión afectiva ha cobrado espacio y relieve. No hay grandes proyectos salvadores de toda la humanidad. El compromiso es concreto y pequeño y de corta duración. La globalización la genera la modernidad; es una expansión de la misma; pero durante la postmodernidad se intensifican las relaciones sociales universales. La dimensión del placer, a todos los niveles, se ha acentuado. No hay duda que el conjunto de las tendencias culturales de la postmodernidad ha ocasionado un malestar cultural. Para algunos en esta situación cultural se ha tocado o trastocado la identidad de la persona humana; en el fondo como ocurre, por lo demás, con todas las culturas ya que todas ellas median o intervienen necesariamente en la adquisición o modificación de la identidad. La postmodernidad ha introducido serios cambios en la concepción del sentido de la vida, de las convicciones, que son pocas. De los valores que se reordenan de forma diferente. Cuesta pasar del yo al tú y sobre todo al nosotros. De las capacidades que marcan la calidad del hacer. Esta capacidad está muy definida por la inconsistencia. En fin, está identificada por las acciones o actividades. La persona humana se hace con y por lo plural y con lo variado.

Esta es la visión “clásica” de la postmodernidad. Entro en una presentación más personal. No hay ninguna duda que la postmodernidad tiene mala prensa y sobre todo en la Iglesia. Está mal visto y suena peor referirse positivamente a ella. Lo correcto y lo ilustrado es arremeter contra lo que compone el panorama de la postmodernidad. Este desprecio lo abarca todo: el sistema económico, los videojuegos, el arte o la democracia. Se repite insistentemente que las cosas van mal por la postmodernidad. Para demostrarlo se pone de relieve la complacencia del consumo, la trivialidad de los medios de comunicación, la falta de esfuerzo, la inconsistencia de los compromisos, la fragmentariedad de las distintas dimensiones de la persona humana. La primera parte del s. XX creyó en la realización de las utopías para bien de la condición y de la existencia humana. El belicismo de esa primera mitad del s. XX provocó el nacimiento de una fuerte conciencia política y revolucionaria que al fracasar sus utopías desembocó en un individualismo extremo. Este individualismo queda marcado, no lo podemos negar, por un narcisismo fuerte y un consumismo desenfrenado. Pero este modelo se desplomará y de hecho, ha comenzado a desplomarse.

Y aparecerá un nuevo paradigma donde la comunicación consigo mismo y con los demás toma un papel relevante. Por todo ello conviene comenzar a poner de relieve el hastío que viene de la satisfacción que traen los objetos, las imágenes y las apariencias. Es un buen punto de partida. En la tardía postmodernidad, *la persona concreta y no el sujeto abstracto, se está constituyendo en el eje del cambio en la sociedad*. Persona a persona se trenza ahora la ilusión de un mundo mejor donde los seres humanos experimentan a través de sus contactos singulares el gozo creciente de una cultura común. Esas personas a veces llegan a constituir grupos y comunidades. Así el solista se hace cuarteto pero no llega a ser orquesta. Hay mucho que recuperar. Las manifestaciones culturales han perdido calado. Es un hecho que permanecer en la nostalgia envejece la mente, como se ha dicho. Lo apremiante consiste en corregir nuestras posturas para asistir apropiadamente al cambio de época y por supuesto de cultura. Sólo así podemos perfilar y perfilarnos como consistentes sujetos protagonistas que han iniciado una liberación tan espectacular como eficiente. *“Nuestro mejor porvenir de seres humanos se decide en el actual sistema de extroversión que es la cultura del consumo, de la conversión, de la conversación y la traducción”*<sup>6</sup>. Esta claro que el mundo no es lo que era. Puede llegar a estar dominado y dirigido por una energía que está abriendo brechas por las vías de la imaginación, la invención y la creatividad. Una institución educativa, religiosa, sociopolítica que optara por esta nueva axiología y dinamismo respiraría a fondo el aire purificado de la postmodernidad y dejaría de ahogarse por la tan cacareada falta de oxígeno.

La crisis que vivimos tiene mucho que ver con el modo cómo nuestra vida marianista se relaciona con esta cultura actual. En el fondo nos puede faltar *pasión y radicalidad* para situarnos en nuestro entorno. Nuestra tarea es muy concreta: lograr una articulación nueva de nuestra experiencia espiritual que da origen y sostiene la vida marianista vivida en el corazón de nuestro contexto cultural.

Creo poder afirmar que esta *vida marianista está más cerca de la cultura postmoderna que la cultura postmoderna de la vida marianista*. La mirada de los postmodernos a los marianistas es perpleja. Nos tienen en poco; no nos comprenden en nuestras pretensiones de vida entregada y libre al mismo tiempo; no entienden casi nada cuando confesamos o testimoniamos que nuestra vida es una metáfora de Dios y una pasión por la humanidad. Nos interrogan y a veces interpelan porque no llegan a comprender los motivos de nuestra vida. Aceptan nuestros servicios pero no comparten nuestro sentido de la vida. El grupo de la postmodernidad nos exige mucho y les resultamos extraños e indiferentes.

Nuestra mejor tradición nos recuerda que solo una fe “entrañada” en el mundo es digna de Dios y del hombre. La entraña de una existencia marianista solo se entiende a la luz de una entraña humana y de una entraña divina. Tocar esos dos niveles e integrarlos se convierte en la máxima aspiración para la existencia marianista. De ese modo se hace luz y se evita la confusión. Sinceramente, los días que vivimos no creo que sean mejores o peores que los de otras épocas. Son los nuestros, los que nos toca vivir. En ellos el Señor nos pide tener los ojos abiertos y las lámparas preparadas para su visita actual. Es bueno hacer personal y comunitariamente un serio discernimiento cultural. Es tarea difícil pero indispensable. Si no se lleva a cabo se vive en el caos y en un cierto vaciamiento interior.

#### 4. Formar es iniciar en la cultura marianista

Pasamos a otro aspecto. Tanto la obligada implicación en la formación como la espontánea sintonía con la educación han contribuido a estar cerca del tema de la cultura. Siempre he estado metido en la formación, tanto en la Compañía de María como en las otras ramas de la Familia marianista. *Para mí formar es iniciar y transmitir un carisma que nació en una cultura se ha hecho multicultural*. Por eso mismo es importante preguntarse y responder ¿En qué cultura nació el carisma marianista? ¿Cómo se ha ido encarnando en las diferentes realidades culturales? ¿Cómo se

<sup>6</sup> V. Verdú, Yo y tú, objetos de lujo, el personismo, la primera revolución cultural del s. XXI, Debate, Madrid, 2005, p 17

encarna en la concreta cultura en la que vive el joven que llega a la Familia marianista? ¿Cómo se inicia a ese joven en un carisma que se ha hecho cultura y en una cultura que nace y brota de un carisma? ¿Cómo se lleva a cabo esa simbiosis? ¿Qué tiene que dejar de la cultura familiar, ambiental y qué le ofrece en este campo la Familia marianista? ¿Qué hacer para que esa cultura marianista sea para él la realidad matriz?

Esta larga lista de preguntas nos sitúa frente a una doble exigencia. Todos los integrantes de la Familia marianista deben ser capaces de inculturar el carisma marianista y los programas de formación de laicos o de religiosos tienen que estar inculturados.

Nuestro tiempo es tiempo de formación para todos. Pero formar no es imponer un molde previo al formando para que lo acepte pasivamente. Es un proceso en el que se descubre el tesoro que cada uno lleva en su interior; es asumir la tarea de dar a luz lo mejor que hay en nosotros para colaborar en la transformación de la sociedad. En el fondo, formarse supone recibir el incentivo de la cultura ambiente y generar cultura y expresiones culturales nuevas<sup>7</sup>.

*La presencia significativa de los marianistas en la educación ha contribuido también a que personalmente fuera sensible a este tema.* Educar es transmitir los contenidos, crear las actitudes y ejercitarse en los comportamientos de la humanidad a uno de sus integrantes, al alumno. Esta transmisión se hace por la mediación de alguien que ha debido asimilar ese acervo cultural ya que es un maestro o profesor. Por ser maestro enseña y por ser profesor profesa una forma de vida. Educar nos ha recordado la UNESCO *es enseñar a pensar, a hacer, a convivir y a ser.* La cultura de cada período histórico de la humanidad ha buscado formar personas y hacer hombres y mujeres por medio de sus mejores expresiones culturales. Esas expresiones varían de un tiempo a otro y de un lugar a otro. La cultura es una realidad viva. La escuela es, por definición, uno de los lugares de iniciación cultural y en nuestro caso, uno de los lugares privilegiados de transmisión de una cultura forjada por el carisma marianista. Un centro educativo marianista es un hogar de cultura en el que debe haber un taller de cultura, una exposición de la misma y una tienda en la que la cultura se vende barata y se paga cara. Hay que asimilarla. Proporciona un contexto en el que *“se desarrolla un profundo intercambio entre fe y cultura: una cultura que encarna la fe y una fe que evangeliza una cultura”* (MC 9).

##### **5. La Iglesia, con sus diversos golpes de timón, ha contribuido a despertar en mi interés por la cultura marianista**

¿Cómo ha ocurrido esto? Han sido varias las grandes preocupaciones que me ha ido dejando la Iglesia en las últimas décadas. Todas ellas, de una u otra forma, han centrado mi atención en la cultura. Una primera y que interesó y preocupó a la Iglesia de los años 60 fue la del desarrollo. La Iglesia al contemplar la humanidad con ojos de madre, se dio cuenta que había países *desarrollados* y *subdesarrollados*, personas desarrolladas y subdesarrolladas. Juntó su voz a los que lucharon y luchan por el desarrollo. He vivido y, en parte vivo, esta experiencia en el continente Latinoamericano donde predomina un subdesarrollo deshumanizante. Con el pasar del tiempo, y nos acercamos a los años 70, se advierte que a partir del Evangelio, la fuerza se debe centrar en la *liberación del oprimido*. Es mucha la opresión y son muchos los hombres y mujeres que en su vida ordinaria son oprimidos por el poder, la pobreza, la ignorancia, el dolor excesivo, las adicciones incontroladas. No son libres; están oprimidos. Es necesario luchar para liberarse y liberar de esas opresiones. Esta liberación apunta a la comunión, una gran pasión del hombre y de la mujer de nuestros días, y de un modo especial, del creyente. Importante tarea la de la *comunión y la participación* de todos. Es un fruto y una meta de los buenos procesos de liberación. Éstos cuando se hacen bien llevan a la comunión. El trabajo de la comunión es decisivo para la Iglesia y para la humanidad.

<sup>7</sup> Libanio, JB. “El arte de formarse”, Ed Sígueme, Salamanca, 2003

Otra gran preocupación de los últimos tiempos, muy unida a la anterior y la que más nos interesa, ha sido la de *enfrentar* bien *la multiculturalidad y la interculturalidad*. Este desafío nos pide a todos entrar en los procesos de la inculturación y globalización. Solo lo que se asume se puede redimir. Es una afirmación de la mejor tradición de la iglesia. Pero toda buena enculturación nos exige mucho más que encarnación. Nos pide vivir días de pasión, de resurrección y de Pentecostés. Los procesos de enculturación son dolorosos; cuando se superan los tiempos del sufrimiento llega un nuevo parto y se consigue vivir vida nueva, resucitar, ser criatura nueva. Nacemos a la vida japonesa, africana, brasileña; a la vida joven o a la propia de personas discapacitadas. Este proceso termina abriéndonos y a querer aceptar a los demás, a todos, a los diferentes; a hacer puentes, establecer lazos y crear comunión. Algunos, en los años 80 creyeron que hablar y preocuparse de la cultura, de la inculturación llevaba a olvidar la justicia y el trabajo por la paz. Costó dar identidad e importancia a la cultura y a la diversidad cultural y por supuesto a la interculturalidad. Sin embargo, es claro que todo carisma nace en una cultura y está marcado por una cultura.

Una preocupación más ha sido *la inclusión*. La tendencia a excluir ha sido y sigue siendo muy fuerte en algunas personas e instituciones. Se quiere excluir en la Iglesia, se trata de excluir a África del concierto universal de naciones y de continentes, se excluye a la mujer, se prescinde de las personas de color y de los ancianos y minusválidos. Excluimos muy fácilmente al que es de otra cultura. La preocupación por incluir, por vivir la unidad en la diversidad es un desafío constante. La inclusión tiene sus exigencias. Está pidiendo hacerse presente en el diálogo interreligioso, la educación, la espiritualidad, la formación de las personas y la organización de los grupos.

El tema serio de *la inculturación de la fe* ha sido otro fuerte golpe de timón de la Iglesia. La inculturación de la fe ha supuesto una profunda reflexión por parte de la misma Iglesia<sup>8</sup>. Me interesó especialmente a partir de 1985. Juan Pablo II reconoce que “el proceso de encuentro y transformación con las culturas es una experiencia que la Iglesia ha vivido desde los comienzos de la predicación del evangelio” (Fides et Ratio, n. 70). La Buena Nueva le tiene que llevar a uno a su propia cultura y, a su vez, aquella es modelada por ésta. Este tema también me condujo a implicarme en la reflexión por la cultura marianista. Cultura que se ha ido enriqueciendo al echar raíces en otros diversos contextos culturales. Estas grandes preocupaciones las he visto presentes en la vida marianista desde el tiempo que profesé esta forma de vida. En algunos lugares hemos acertado más y mejor a dar una respuesta. En otros nos ha acompañado el fracaso. Hay en nuestra historia marianista inculturaciones bien hechas. Otras no. ¿Por qué? ¿De qué ha dependido? Creo que no nos hemos detenido a analizar estos hechos. Hemos dado con algunas expresiones culturales que han sido muy acertadas y otras no tanto.

Quiero resumir este caminar eclesial con cuatro palabras que despiertan interés entre los marianistas y que recogen buena parte de la vida de la Iglesia de estos años: justicia, culturas, religiones, evangelización. Los Jesuitas en la XXXIV Congregación general han acertado a expresar muy bien la interrelación entre estas palabras.

\*No puede haber servicio de la fe sin promover la justicia, entrar en las culturas y abrirse a otras experiencias religiosas.

\*No puede haber promoción de la justicia sin comunicar la fe a otros, dialogar con otras tradiciones religiosas y comprometerse con la justicia.

\*No puede haber inculturación sin comunicar la fe, dialogar con otras tradiciones religiosas y comprometerse con la justicia.

\*No puede haber diálogo religioso sin compartir la fe con otros, valorar las culturas e interesarse por la justicia.

Dicho de un modo más sencillo, para nosotros, la fe y la justicia están entrañablemente enlazadas por la misericordia, con la inserción en la cultura en que se trabaja y vive y con la comprensión y

<sup>8</sup> “Es una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas” (RM n 52).

estima de la experiencia religiosa de otros hombres y mujeres. Estas cuatro realidades desafían nuestro esfuerzo para presentar y vivir nuestra espiritualidad, para llevar adelante la misión de una parroquia, para decidirse por un determinado programa de año sabático o para orientar los contenidos de la formación inicial.

Todas estas experiencias y reflexiones están presentes en este intento por hablar de cultura marianista. Desafían nuestras personas y nuestros esfuerzos para identificarla y compartirla, para enriquecerla y hacerla fuente de un modo de ser, de estar, de pensar, de sentir, de proceder, de creer y de ofrecer el sentido de la vida a los que buscan uno.

La Familia marianista estaba bien insertada en un mundo que ha cambiado y permanece desconcertada en el que se está alumbrando. Vamos hacia otro contexto; lo llamamos postmoderno. Este es el segundo contexto de nuestra historia. Contexto que no somos aún capaces de describir adecuadamente. Altamente rico en los medios de que dispone, es profundamente pobre en diseñar sus propios fines. Sin embargo, esa nueva realidad la respiramos, la vemos, la oímos, la tocamos y, en cierto sentido, la llevamos en nuestra sangre. Tenemos muy claro que no es el contexto moderno. Debemos tratar de responder a estas tendencias no como hemos respondido a las anteriores sino de un modo distinto ya que distintas son. A las preguntas que son diversas no les podemos dar las mismas respuestas. ¿Cuáles deberían ser esas respuestas? Estamos en búsqueda de las adecuadas y atinadas. Respuestas que, por lo demás, no vienen de libro ni de escritorio. Pasan por formas de vida. El carisma marianista sigue siendo el mismo. *Pero debe tener el dinamismo interno capaz de inspirarnos una nueva forma de vida y de misión. Los odres nuevos no pueden faltar.* A esto lo llamamos refundación y supone reestructuración y revitalización. Sólo así la vida marianista será creativamente fiel. Este cambio de contexto nos deja con una gran preocupación. Tenemos que seguir animando la vida marianista pero ¿qué tenemos que animar? ¿A qué tenemos que animar? Se tiene que promover una nueva identidad cultural del marianista. De eso no tengo ninguna duda. Además, es urgente que comencemos a hacerlo. En esta tarea nos encontramos codo a codo con muchos otros religiosos y creyentes laicos que buscan reorientar su propia fe y su existencia.

La postmodernidad o modernidad tardía trae, obviamente, consecuencias importantes para la manera de vivir la fe. Todo ello comporta el pensar muchas cosas de una forma nueva. Para conseguir formular ese proyecto alternativo no habría que olvidar que ha llegado el momento de convertirnos todos en *un poco locos, descubriendo aquel momento fundacional de Zaragoza y de Burdeos, de Dayton y de Tokio, de Ranchi y de San Sebastián, de Abidjan y de Lloró, que suenan a cristianismo evangélico, radical, desarmado y dulcemente arrebatado.* Un cristianismo que nos deslumbra desde las páginas del evangelio y de las crónicas de la Familia Marianista, en la que no pueden faltar mártires, confesores y doctores. También tienen que existir florecillas de sencillez al estilo de San Francisco y poesía del mismo tono que la de San Juan de la Cruz. La cultura marianista sobrevivirá y seguirá generándose, gracias a la contribución de los optimistas tenaces.

Tres podrían ser las conclusiones de este capítulo. Estamos envueltos en una cultura que en este momento la podemos llamar postmoderna. Queremos enraizarnos en la cultura marianista. *Necesitamos orientación para hacer de ella la cultura matriz y dominante.* Determinados factores de la cultura actual tienen más fuerza que la propuesta que nos viene de la vida marianista. ¿Por qué? En primer lugar, porque la cultura marianista no se sabe por qué pero de hecho no tiene carácter o imprime poco carácter. Le falta identidad y fuerza. Tenemos que hacer mucho para que marque a las personas. Es necesario, también, mejorar el lenguaje con el que tenemos que presentar esta cultura. Habrá que ir más lejos y afirmar que se precisa innovar el método para iniciar o formar la personalidad, fruto de esta propuesta. No está mal recordar que el impacto en el medio lo produciremos no como personas aisladas sino como grupo comunitario. En ese sentido es buen evocar el pensamiento del P. Chaminade: Nuestra acción como personas causa admiración, impacta. Sólo como comunidad, como grupo logramos arrastrar.

De todo esto vamos a hablar. De esta cultura marianista que es testimonio y es tarea, es razón de ser y experiencia sapiencial y subversiva. Quien se inicia en la cultura marianista adquiere un gusto grande por el Dios de la Vida y por la mujer, que muestra a Jesús, fruto bendito de su vientre, María. Esta cultura lleva a una forma de vida marcada por el fervor y la pobreza, la intensidad y el amor desprendido y humilde, y por el gozo y la confiada espera. Inicia, de una manera titubeante y frágil, en un nuevo paradigma de humanidad. Dejará *con el deseo, que a ratos es persistente, de participar con lucidez creyente en la construcción de uno de esos nuevos modelos de humanidad*. Cuando eso ocurre los signos de vitalidad son claros. Se advierten en personas y organizaciones que quieren, creen y trabajan para que otro mundo sea posible.

Donde esté nuestro corazón allí está nuestra mirada. La vida marianista se presenta como una escuela del buen mirar. De la mirada profunda y de la mirada lejana; la que da alternativa. De la mirada propia y la mirada del otro. La mejor guía para saber quiénes somos y cómo nos movemos es la mirada del otro. De eso también hablaremos. Esto solo se consigue cuando se aprende a mirar con la mirada de Dios; y con esa mirada contemplamos el mundo y en concreto la realidad y condición cultural actual<sup>9</sup>. Y todavía tendrá más calidad cuando la convirtamos en una escuela del amor. Ciertamente “ubi amor, ibi oculus”. Pero también se necesita aprender a escuchar con oídos de marianista. Tienen que ser finos y llegar a oír los silencios; más aún, habitar el silencio que condiciona el equilibrio de nuestra existencia y de nuestro crecimiento. Es importante, también, oír palabras claves; las que vienen de personas que saben ir despacio, al ritmo del ser humano.

## **Para reflexionar y compartir**

### **Historia de las últimas décadas de la cultura marianista**

Ofrecemos las etapas de un proceso de transformaciones por las que han pasado la mayor parte de los marianistas que actualmente están vivos tanto laicos/as como religiosos/as. Ver ese proceso en su conjunto aclara la evolución de la cultura marianista y nos sitúa en nuestro lugar y en un tiempo concreto y nos proyecta hacia un futuro.

#### *Primer paso*

##### *Sensibilidad cultural – Desorientación*

Años 1950-67

El Concilio Vaticano II abre la Iglesia a la realidad cultural ambiental y la mueve a los cambios culturales internos, propios de todos los grupos eclesiales. Los marianistas siguen el mismo camino. Este hecho o estos hechos producen una primera reacción de euforia. Son en su conjunto como una bocanada de aire fresco. Pero la desorientación comenzó pronto. Fue debida a la dificultad que los marianistas tuvieron para asumir e integrar los valores ambientales y al hecho de que los símbolos y expresiones de nuestro carisma y de nuestra cultura fueron socavados y al contraste que se estableció entre lo que se había vivido antes y lo que se proponía vivir.

#### *Segundo paso*

##### *Reacciones ante la desorientación cultural*

Años 1967-75

Se comienzan a multiplicar las reuniones y a producir bonitos documentos. Aumentan en seguida los fracasos ya que para realizar todo esto se precisa una metanoia y una conversión que

---

<sup>9</sup> “Mirar y mirarnos como Dios nos mira” es el gran deseo expresado por San Juan de la Cruz en . Para el santo es un mirar para amar y un amar para mirar.

no siempre se dio. La confusión hizo que comenzara una gran reducción de los religiosos y se multiplicaran las salidas. De una u otra forma se llega a crear un cierto malestar, al mismo tiempo que se toma nota de que está naciendo una nueva forma de vida marianista y de que el encuentro e interacción con la cultura ambiente es importante.

*Tercer paso*

*Malestar, caos, miedo, desesperación*

Años 75-85

Los contextos de las Congregaciones religiosas y de los grupos de cristianos se hacen cada vez más complicados; los objetivos son cada vez menos claros para la gente. La Vida marianista se hace menos significativa y fecunda. Se comienza a dudar si esta forma de vida cristiana va a sobrevivir ya que el éxodo continúa y las nuevas vocaciones son escasas. Se toma conciencia que lo que le había hecho tener éxito en el pasado no sería lo que le daría acierto en el futuro: los grandes centros educativos, los grupos numerosos en las casas de formación, la situación económica boyante...

La tendencia a negar que existan grandes problemas fue grande. La dificultad para dar con sus causas también. En este tiempo nacen o toman fuerza los grupos de laicos en la Familia marianista y se aprueban las nuevas Reglas de vida que son un esfuerzo por conjugar carisma marianista original con los valores de la cultura actual. Se comienza a encender una luz.

*Cuarto paso*

*En algunos lugares y personas se inicia una etapa que algunos se atreven a llamar de refundación: el carisma original hay que volcarlo en la original cultura de la postmodernidad y ello afecta a las expresiones las más diversas de la vida marianista*

Años 1985-2000

Los marianistas comienzan a darse cuenta que necesitan algo más que lo que se está viviendo. En la interacción con la cultura habían recibido los elementos necesarios para una revitalización, pero no los suficientes. Pierden peso los documentos y los cambios exteriores. Algunos eran fruto de un cierto escapismo, casi mágico y de la moda. Comienzan los movimientos que piden cambios interiores profundos. Se llega a las raíces de nuestro carisma.

*Quinto paso*

*Se comienza a advertir que los cambios tienen que ser culturales e institucionales.*

Años 2000...

Se advierte que la salvación y que todo cambio debe ser integral. Se toma conciencia que también hay un pecado institucional y estructural. La fidelidad creativa comienza a ser una necesidad y lleva a hacer nuevos el vino y los odres. Se advierte que integrar estos elementos es muy exigente y difícil. Las tendencias culturales postmodernas nos hacen reflexionar y nos desafían, al mismo tiempo que producen desconcierto.

Al ver este panorama nos hacemos algunas preguntas:

1. ¿Cómo veo yo esta evolución?
2. ¿Cómo me ha afectado a mí?
3. ¿Cuál es mi actitud ante la cultura postmoderna? ¿Qué tendencias veo positivas y cuáles negativas?
4. ¿Qué significa para mí que la cultura marianista sea mi cultura matriz?

## Capítulo II

### ¿Para quién y para qué se escribe este libro?

Escribir un libro es charlar con sus posibles lectores, que por supuesto tienen que estar identificados antes de comenzar la tarea. Supone, también, claridad en los motivos que mueven a escribirlo. Se tiene que saber, también, las reales necesidades que tienen los destinatarios. De estos dos aspectos vamos a hablar en este capítulo.

#### 1. Destinatarios

¿Quiénes son los destinatarios de estas páginas? Se ha escrito *para los marianistas*. Para esos hombres y mujeres que se ve que lo son y no necesitan decir lo que ya se ve. Se ha expresado que el cristiano como el poeta, es más cristiano y más poeta cuando sin proponerse ser tal cosa lo es. Podemos decir lo mismo, y lo decimos, del marianista. Podemos incluso afirmar que es lo que es sin intención de nada. Lo identificamos con alguien que se abre a lo universal y a lo muy profundo de una manera espontánea. Los marianistas son el núcleo vivo de todas las personas que giran en torno al proyecto marianista.

Este libro se escribe, sobre todo, para aquellos marianistas *que quieren y pueden generar una verdadera cultura en la vida marianista*. Esta nueva cultura será una realidad por la pasión y la radicalidad de algunos; y en diálogo y contraste con la “adveniente”, y en parte ya llegada por la intensa acción de la globalización, de todos. Este es un fenómeno tan sutil como el aire contaminado que respiramos pero del que no podemos prescindir. Con esa cultura nos manejamos como en el juego de tenis; lanzamos la pelota al campo contrario y del campo contrario nos la devuelven. Ese ir y venir de la pelota es lo propio del flujo y reflujo de la cultura actual. No nos libramos de ella ya que hemos entrado en el juego. La partida ha comenzado.

La revitalización de la vida marianistas en este milenio que estrenamos nos va a venir del acertado encuentro entre cultura marianista y postmodernidad. Así van a nacer nuevas expresiones y manifestaciones culturales que alentarán el carisma y la espiritualidad marianista. Esta tarea la pueden llevar a cabo místicos y profetas, vigías y hombres y mujeres de a pie. Para este segundo grupo de personas, verdaderos *protagonistas de esta cultura*, también se escribe este libro; para los autores y actores a un mismo tiempo del “gran teatro del mundo” marianista. Para todos los que se sientan interpelados por esta manera de ser, de sentir, de hacer, de convivir, y de saber y entran en el rango de creadores. Para los que nombran las cosas marianistas y las hacen existir y viven el pasado y el presente como semilla de futuro.

En tercer lugar, son destinatarios los marianistas laicos. Por supuesto, no se ofrece solo a los religiosos, aunque a ellos se refiera de un modo prioritario. *Se ofrece, también, a los marianistas laicos que por lo demás son los más numerosos*. El carisma marianista nació eclesial; destinado a ser vivido por todos los integrantes de la comunidad eclesial – laicos, sacerdotes, religiosos, hombres y mujeres-; la cultura marianista no puede quedar reducida al mundo de los religiosos. Los laicos son protagonistas y destinatarios mayoritarios de esta cultura. Se querría que la dimensión laical, las expresiones culturales de los integrantes laicos de la Familia marianista fueran cada vez más explícitas. Se echan de menos.

De un modo más preciso, podemos decir, en cuarto lugar, que se ofrece a los que *quieren iniciarse en esta forma de vida* y se acercan a un colegio marianista para ser alumnos, ser profesores o ser padres o madres de una comunidad educativa marianista; para los feligreses de una parroquia marianista, para los jóvenes que ingresan en la Familia marianista por alguna de sus diversas puertas. También se ofrece a los que tienen que iniciar en esa vida y son formadores de religiosos, de profesores nuevos, de los miembros de las fraternidades que recientemente se han acercado a ellas.

También, se ha pensado, en quinto lugar, en quienes *han encarnado esta cultura en sus vidas; la han hecho experiencia de vida y la han transmitido en el silencio y por contagio*. Vivos o muertos, en este momento seguimos acudiendo a ellos para ver, mirar y admirar las huellas que han quedado de sus decires, sus sentires, sus cantares, su adoración o sus compromisos. Han sabido recoger lo que otros han sembrado y sembrar lo que otros recogerán. Estas páginas quieren ayudar a evocar y hacer resonar lo mejor de sus vidas.

Se escribe, en sexto lugar, evocando a los marianistas que de una forma u otra *están implicados en la educación y tienen que transmitir una cultura*. Ellos quieren hacer de su tarea una misión. La cultura marianista les ofrece pensamiento, valores, actitudes y formas de actuar que les ayudarán a realizar su servicio de una manera original. Esta cultura marca los contenidos que transmiten, las convicciones que transmiten y las capacidades en las que inician.

Se ha elaborado, por supuesto, para aquellos y con aquellos con *los que he hablado al elaborar este libro*. Su pensamiento está ya en estas páginas. Al leerlas querrán añadir más detalles o más ejemplos. Para ellos y para eso también se han escrito.

En fin, se ha pensado también en establecer con este libro un diálogo con aquellos que “no creen” en el carisma marianista ni en la cultura de la Familia marianista. Estas personas existen y a veces forman parte de las comunidades de las diferentes ramas de la misma. Experimentan insatisfacción por su modo de vivir y se preguntan a sí mismos si no tendrán que hacer algo distinto de lo que están haciendo en este momento de su historia. Creo que es bueno decirles que gracias a la presencia de Aquél que murió y resucitó por nosotros, vivir esta cultura es mucho. Lo único que no deben perder son las ganas de seguir buscando. Hace muchos años Bertrand Russell escribió un libro con un título exactamente contrario a lo que se pudiera esperar: “Por qué no soy cristiano”. Es un trabajo lúcido e irónico y muy estimulante. De la lectura de esta obra me ha quedado una importante orientación para este trabajo. Ser marianista, como cualquiera otra creación cultural, no tiene esencia sino historia; para comprenderlo bien es importante conocer su genealogía y su evolución.

En una palabra, sale muy espontáneamente decir que al elaborar estas páginas se ha pensado en toda *la Familia marianista*. Esta cultura nuestra es familiar, sirve para hacer familia. Es laica y asume lo más genuino del Evangelio sin sacralizarlo más de la cuenta. Es espiritual, ya que de una espiritualidad nació; no es para pocos ni para élites. Es para muchos. Los que en ella se inician se hacen distintos sin pretender ser diferentes. Nadie nace marianista, como nadie nace cristiano. Nos hacemos, y para ello hay que estar en el seno de esta Familia y crecer con ella, enganchándose en una cultura que es de vida.

Es obligado indicar que este trabajo ha nacido en el contexto de *Familia marianista de lengua castellana*. La lengua es un elemento importante de la cultura. La cultura marianista de la que se habla es, sobre todo, la que se vive en América Latina y en España. Es la propia de este contexto pero no exclusiva del mismo. Además es obligado decir que este espacio geográfico tampoco es uniforme.

Con estas personas y estos grupos he estado en diálogo al elaborar este trabajo. Quiero en este momento ser más preciso y referirme a los objetivos que han estado presentes al escribir este libro.

## **2. Intenciones y propósitos**

Un grupo humano que no sabe o no puede convertir y traducir su propuesta espiritual en ricas expresiones culturales no tiene muchas posibilidades de sobrevivir ni de multiplicarse. *Por el contrario, el grupo que acierta a presentar su experiencia espiritual hecha cultura de una manera*

*original y consistente hace escuela y crece y se multiplica.* La identificación cultural refuerza el sentido de pertenencia y de misión de los grupos humanos. Para que una evangelización o la encarnación de un carisma puedan llegar a la raíz (Pablo VI) o al corazón (Juan Pablo II) de las personas tiene que tocar la cultura de esas personas. Esta es una primera meta a alcanzar con este trabajo. La fecundidad de un grupo depende mucho del conocimiento de la tierra en la que está plantado, ha echado raíces y ha sido cultivado. Acertar a explicitar la necesidad de esta interacción es importante para la Familia marianista.

Los marianistas en cuanto hombres y mujeres de nuestros días vivimos, por una parte, *la realidad de un pluralismo cultural ambiental y, en cuanto marianistas, la "apuesta" de la cultura marianista.* El pluralismo cultural es un hecho innegable para cada uno de nosotros. Estamos bombardeados por realidades culturales muy diversas y algunas de ellas son propuestas contradictorias con la cultura marianista. Antes no era así. ¿Cómo está impactando esta diversidad en el carisma marianista y sobre todo en la persona del marianista? ¿Cómo puede procesar un marianista ese pluralismo desde su realidad carismática? ¿Cómo conjugar el calidoscopio moderno con las propuestas del carisma marianista? ¿Cómo integrar los elementos de esta cultura marianista con aquellos que me llegan de aquella en la que nací, en la que trabajo o vivo o con el propio carisma personal? ¿Cómo formular públicamente la cultura marianista desde esta situación pluricultural?

La respuesta a estas preguntas nos pide reflexión y ofrecer propuestas. La propuesta de una *actitud de fe humilde y confesante, ha sido motivo importante para escribir este libro.* La fe humilde no es una fe de ojos bajos sino una fe de ojos claros y por supuesto bien abiertos. Esa claridad nos viene de mirar a la tierra, o si queremos a la cultura, y de mirarla con un corazón desactivado: con las solas herramientas del amor y de la entrega y desde lo poco que somos. La cultura marianista no ha hecho un gran impacto en la historia de la humanidad. Ha marcado algunas vidas y algunos ambientes, ha cambiado el rumbo de algunas existencias y de algunos grupos, ofrecido y ofrece algunas manifestaciones culturales.

La fe confesante hace alusión a una fe en la que no falta el valor en el anuncio público y la convicción que confirma lo que se cree, pero sin llegar al fanatismo. Con esta fe que es carisma y cultura, las personas eligen *la opción cultural marianista.* El adjetivo marianista es inseparable de la cultura que nos informa. A través de estas páginas tratamos de justificar esta mutua implicación. cuando las dos van bien unidas se da en nosotros una especial consistencia que nos permite situarnos con libertad y claridad en la compleja realidad de la cultura actual. Esta es la segunda intención que se ha tenido al escribir este libro.

De esta fe confesante nace el deseo de *ofrecer y presentar a Jesús como centro de toda cultura y de toda vida humana (MC 19).* Para que este deseo sea una realidad se necesita motivación y orientación y también testimonios de vida. A través de estas páginas se ha buscado ofrecer estos dos servicios. Explicitar la centralidad de Jesús en la cultura marianista es un servicio que esperan muchas personas de la Familia marianista. Desde esa fe viva en Jesucristo podemos realizar los debidos discernimientos evangélicos de las culturas en las que estamos insertos. Por él descubrimos las semillas del Espíritu y los signos de esperanza, presentes en la cultura marianista, que estamos llamados a anunciar. De él nos viene la fuerza para la necesaria actitud profética ante todo lo que se opone al evangelio.

Esto lo podemos hacer “desde Jesucristo”, cuando acertamos a ver que Él es el centro del dinamismo cultural en el que estamos inmersos. Desde cultura marianista debemos llegar a continuas elecciones; el punto de partida para estas elecciones es la cultura actual; el punto de referencia fundamental es la persona de Jesús y su Palabra.

Nuestro “cantus firmus” es una constante referencia a Cristo, a la palabra encarnada que nos ofrece tres contrapuntos: el primero nos invita a ser solidarios con la gente de nuestro tiempo en sus alegrías y esperanzas, sus angustias y sufrimientos. Por el segundo contrapunto caminamos a la luz

y por la fuerza de su palabra. Como testigos creyentes el tercer contrapunto transmitimos al mundo la liberación de Jesucristo. En todo este movimiento el empuje y la fuerza conductora nos vienen de Jesucristo y es un gran acierto si podemos verlo presente en la cultura actual. El ejercicio de fe del marianista le puede llevar a esa experiencia.

Por ser este un aspecto importante queremos seguir desarrollándolo más. El discernimiento al que hemos aludido nos permite ver a la persona centrada en Cristo en diálogo y en contraste con la cultura actual frente al dilema de estar con todos o tomar la postura del “resto de Israel”. Este dilema estuvo presente en las primeras comunidades cristianas y lo ha estado en muchas personas y grupos de la Familia marianista. Leemos en boca de Jesús dos textos que parecen contradictorios: “El que no está contra nosotros está con nosotros” (Lc 9,50) o “El que no está a mi favor está en contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc 11,13). Para hacer una buena opción hay que echar mano de la eclesiología, de la sociología, de la historia, de la teología y de la ética política.

Creo no equivocarme al decir que la mayoría de los marianistas están más cercanos al diálogo que al contraste con la cultura actual. Es también la postura que se toma cuando se lee bien y se asume el Concilio Vaticano II. Pero todo ello desde un “estilo de vida propio” y con una conciencia de llegar a ser signos e instrumentos de salvación. El verdadero criterio es Cristo y desde él asumimos la cultura ya que con él nos metemos en la cultura y desde él vemos el contraste entre los valores cristianos y los propios de la cultura ambiente, y por él recibimos inspiración y gracia para transformar la cultura. El camino que se nos propone está iluminado por la luz del Evangelio y pasa por la cruz. Serán minoría los que lo recorran y no serán pocos los que morirán en el intento<sup>10</sup>.

Otra intención presente en la preparación de estas páginas ha sido *la descripción del perfil que la inmersión en la cultura marianista deja a los miembros de la Familia marianista*. El substrato cultural es constitutivo y primordial en las personas; es la tierra en la que se sustentan y alimentan las raíces en que nos cultivamos. ¿Cuál es el fruto que se recoge? Los marianistas tratamos de ser buenos hombres y mujeres, adoradores de Dios, cristianos, miembros de la Iglesia católica, religiosos, ciudadanos de la sociedad en la que participamos día a día. Todas esas etapas y realidades las viven en una cultura y al mismo tiempo son y hacen una cultura. Están llamados a elaborar la síntesis y la integración de todos los elementos que les llegan desde las diversas realidades para integrarlos en su condición de marianista. Lo deben hacer no desde su realidad de mujer u hombre moderno o francés, ni desde su realidad de cristiano ni de japonés<sup>11</sup> sino desde su condición marianista. *Para ellos la cultura dominante o “informadora”, la que le da forma “interna”, como la han llamado algunos, debería llegar a ser la marianista y debería notarse en el modo de proceder.*

Sin embargo, en la realidad no siempre es ésta la que marca o informa su vida; ni es la cultura primera ni la predominante; ni la que asume, orienta y articula las otras. A través de estas páginas tratamos de multiplicar y ahondar las motivaciones que mueven a asimilar, identificar y enriquecer esa cultura matriz que debe ser la cultura marianista para el marianista. Entregaremos elementos para hacer un discernimiento cultural. Ello nos llevará a *evaluar hasta qué punto la cultura marianista tiene una real influencia en el caminar por la vida de los marianistas en este comienzo de milenio.*

Hablemos de otro objetivo de esta reflexión. *La identificación de la cultura de un grupo aumenta el sentido de pertenencia al mismo*. Para que eso ocurra en la Familia marianista también se ha escrito este libro. La cultura de un pueblo le da conciencia de grupo, le cohesiona, le ofrece metas comunes

<sup>10</sup> Izuzquiza, D. Sal Terrae, “Cómo ser memoria y (no) morir en el intento”. Febrero 2006, p 124-137

<sup>11</sup> En esta integración es débil la tradición marianista; por una razón o por otra, le cuesta hacer la síntesis con la teología, cristología, eclesiología, mariología, antropología y teología espiritual; hacer síntesis significa dar y recibir, enriquecerse y enriquecer.

y le implica en tareas compartidas. Crea conciencia de cuerpo. Nos hace semejantes unos a otros y por lo mismo nos sale muy espontáneo querer pertenecer y formar parte del mismo grupo. A veces las creencias no remiten automáticamente al grupo ni afirman la pertenencia al mismo. Estamos asistiendo al “Believing without belonging”, al “creer sin pertenecer institucionalmente”. Esta identidad cultural que queremos describir tiene que ofrecer un código unificado de sentido o normas deducidas de ese código. Cuando esta socialización no se da se pierde la transmisión de la vida marianista, se produce un quiebre de la tradición de más de doscientos años, perdiéndose la memoria marianista y por supuesto su sentido de pertenencia.

No hay duda que somos bastantes los que nos encontramos en esta *empresa común*. Es importante que todos los miembros de la Familia marianista, como grupo, veamos la necesidad de inculcar el carisma, de actualizarlo y hacerlo propio y conseguir que genere cultura. Nadie debe inculcar el carisma de manera aislada. Puede haber visionarios y profetas y conviene que los haya. Estos y estas verán las necesidades antes que otros. Pero todo debe ser compartido con el resto de la Familia. *Este proceso de implicación grupal puede ser lento, pero resulta necesario* La intensa vida comunitaria es el modo habitual para compartir y debatir las iniciativas. Ser comunidades inculcadas que están en comunión unas con otras, es esencial para que la Familia marianista. Así en cuanto realidad multicultural, se convierta en todo un símbolo de la unidad en la diversidad. Para ello, no puede faltar la cercanía e interacción entre laicos y religiosos, mujeres y hombres, sacerdotes y religiosas, procedentes del norte y del sur y del este y el oeste.

La evangelización, la misión realizada en contextos diferentes, algunos difíciles, nos pide un riguroso trabajo de inteligencia. La palabra de Dios tiene que ser anunciada con lenguaje comprensible y lleno de sentido a las personas en cada momento histórico. Hay que pensar la fe a la manera marianista y transmitir esa reflexión. Clarificar este aspecto es otra necesidad a la que responde este libro. Es importante recordar que solo se realiza bien una misión si existe una previa inculcación en el medio. Conseguir que esa inculcación sea acertada es meta importante para nuestro trabajo. Cultura y misión fue el tema del ya aludido Capítulo General de los religiosos Marianistas en 1991. En él se nos llama a afrontar el pluralismo cultural; y a hacerlo desde nuestra propia identidad y sin quedar ahogados en reduccionismos o relativismos. Para ello a la cultura marianista le corresponde ser:

*Un espacio abierto sin ser indefinición caótica  
Tolerante sin ser indiferente  
Comprometida sin ser fanática  
Plural y diversa sin ser disfuncional ni desintegradora.*

Más de una vez hemos oído decir que se debe cambiar con los tiempos, a menos que se sea capaz de cambiar los tiempos. También hemos escuchado que el que se casa con la moda pronto queda viudo. Esta gran afirmación y este proverbio italiano nos ofrecen criterios importantes para abordar este tema y para vivir esta realidad cultural con convicción y decisión. Como nos dice la canción “camarón que se duerme se lo lleva la corriente”. La cultura marianista nos debe mantener atentos y despiertos frente a la realidad que nos rodea. Desde ella llegaremos a entender el dinamismo de la cultura ambiental. A la cultura marianista se le pide ser una cultura liminal en este momento de nuestra historia; abierta pero desde una clara identidad. La atención a los signos de los tiempos y de los lugares ha sido parte importante en nuestra tradición. Lo más auténtico de ella le pide al marianista estar siempre abierto a la verdad, la libertad, la justicia y al amor misericordioso con una referencia clara a Cristo y a la experiencia de humanidad adquirida que supera los relativismos que desintegran y desangran.

Sólo si el marianista es fiel a su identidad se convierte en *profecía cultural*. *Se transforma en esa profecía cuando es capaz de interiorizar el mundo (la realidad humano-cultural) y de crear asombro. Para ello, esta cultura marianista deberá ser consistente, partir de la pasión por Dios y por el hombre.* Jesucristo buen samaritano y defensor de los débiles, hijo de María y crucificado en el Gólgota y resucitado gloriosamente será el símbolo, la raíz y el corazón de esta cultura. La crisis

de Dios que experimenta el marianista por la acción de la cultura ambiente en nuestros días no tiene otra propuesta o alternativa que la pasión por Dios. Eso se reflejará en su proyecto cultural. Con esta reflexión pretendemos presentar una cultura, la marianista, que está marcada por esa pasión por Dios. Hay un eclipse cultural de Dios. La cultura marianista apuesta porque el sol de Dios llegue a brillar y a traer calor.

*La vida marianista ha perdido impacto.* Este hecho también ha motivado esta reflexión. Para recuperarlo tiene que afrontar de inmediato un nuevo modo de ser y de actuar ya que ha disminuido su capacidad de referencia en la sociedad actual. La reflexión sobre su cultura puede ayudar a recuperar ese impacto y a hacerla significativa. Se trata en el fondo de impactar desde lo natural y lo espontáneo y lo cercano, desde nuestra apuesta por la paz y la compasión, desde María, desde el servicio. Este intento nos pide actitudes cercanas, afectivas y gratuitas. Nuestro impacto nacerá no tanto de lo que hacemos sino de lo que acertamos a ser.

En el curso de la historia la Familia marianista ha sido capaz de crear cultura y de ofrecer una alternativa cultural nacida de su seno. Ha originado un modo de entender la vida, de organizar el tiempo, de enfrentar la enfermedad y la muerte, de convivir y de celebrar. Ha seleccionado su propio modo de ejercer la autoridad, organizarse y participar. Ha creado algunas obras de arte. Todo esto ha nacido de un espíritu, una espiritualidad, una estética y mejor aún, de la fantasía de la fe que actúa por la caridad. El dinamismo que da la espiritualidad puede ser muy grande. Nos lo podemos imaginar como la fuente de la que mana un agua abundante y fertilizadora. Nos hace pensar, también, en la esterilidad que tienen las personas a las que les falta este elemento tan indispensable. Lo mismo les ocurre a las comunidades. Sin una oración honda y constante, nos va a ser imposible ver como Dios ve. Como consecuencia nos detendremos casi inmediatamente en lo exterior, no llegaremos al corazón de la realidad.

Al terminar este capítulo y evocar los rostros de los marianistas que están necesitados de una reflexión sobre la cultura marianista, conviene recordar algo muy importante. Estamos llamados a evitar encerrarnos en nosotros mismos, tal vez asustados por la complejidad. Más bien, *debemos considerar el mundo y la realidad cultural ambiental como nuestro lugar ordinario y bendito de vida y de pensamiento.* En él aprenderemos a dialogar con todos y al mismo tiempo, sin pretender posiciones de privilegio, a transformarnos en interlocutores creíbles. El marianista disfruta con una confrontación serena, a veces muy exigente, con la cultura ambiental en la que también están esparcidas semillas del Verbo. Fieles a la lógica de la encarnación estamos llamados a continuar en este camino orientados por el todavía no, por el *esjaton*. Jesucristo abarca y muestra los dos polos. El itinerario que una reflexión sobre la cultura marianista debe inaugurar es el propio del que se descubre necesitado de escucha, apasionado buscador de la verdad y en compañía de otros muchos compañeros de ruta que saben saborear el hecho de caminar juntos y de llegar a la meta no los primeros y solos, sino a tiempo y bien acompañados.

## **Para reflexionar y compartir**

### **Profundizando en la cultura marianista**

Para profundizar y aproximarse más a la cultura marianista es bueno hacer las preguntas que nos permitan establecer un diagnóstico, un proyecto alternativo, unos planes de acción y unas tareas. La mediación de la práctica es indispensable. Con ella nos establecemos metas a largo o mediano plazo. Pero antes de llegar hasta ahí tenemos que prestar atención a los antecedentes que nos permiten proyectarnos debidamente.

Todo esto puede llevarnos al comienzo de un nuevo período histórico o nueva etapa de la cultura marianista.

Al avocarse a la respuesta de estas preguntas claves es bueno hacerlo en sus diversas dimensiones o niveles: el nivel personal, local, nacional e internacional o global.

La tres preguntas importantes serían:

1. ¿cómo es la cultura marianista?
  - descríbela con imágenes
  - descríbela con dibujos
  - descríbela con palabras
  - pide a otros que no sean marianistas que describan lo que ellos perciben de la cultura marianista.
2. ¿Cómo debería ser?
  - ¿qué vacíos ves en ella?
    - en conocimientos
    - en disposiciones
    - en capacidades
    - en valores
  - ¿qué dicotomías encuentras en la cultura marianista?
  - ¿qué exageraciones ves en ella?
  - ¿qué deformaciones encuentras en la cultura marianista?
3. ¿Qué puedo hacer yo para cambiarla?.

Otro esquema que podemos seguir para acercarnos a la cultura marianista sería identificar

1. Lo que reconocemos como valioso de ella
2. Lo que lamentamos como negativo de la cultura marianista
3. Lo que deseamos y esperamos de ella

## Capítulo III

### Cuando hablamos de la cultura marianista ¿de qué hablamos?

Hablar de cultura es para algunos hablar de algo muy general; de algo abstracto e preciso; de algo que ni se ve ni se toca; a lo más se intuye. Para otros, es referirse a algo muy trascendental y decisivo. Los cambios culturales suelen ser profundos y de grandes consecuencias. Digamos de entrada que referirnos a la cultura es tocar el corazón de la vida marianista y jugarnos su presente y su futuro. Para que así sea tenemos que acertar a ofrecer un discurso sobre ella que venga de la experiencia y lleve a transformar la realidad personal y del grupo. Lo intentaremos. Empecemos para ello por precisar el término “cultura marianista” que, como ya hemos dicho, *para algunos es un neologismo*. ¿De qué hablamos cuando de la cultura marianista hablamos?

Hablar de “marianista” es hablar de un nombre o de un adjetivo. El secreto de nuestra identidad viene de que se nos ha dado un nombre. Un nombre que ha cambiado nuestra vida. El que califica todos los otros nombres que los demás y la vida nos ponen delante. *“Marianista” corresponde a un secreto oculto en la vida de cada uno de nosotros.* Marca nuestra identidad. Reconocemos que la diversidad nos rodea. Son muchas las culturas vitales en las que estamos inmersos. Buscamos una cultura común y matriz desde la que podamos reajustar nuestra identidad y confesar lo que somos.

“Marianista” es el fruto de una necesaria y constante revisión de nuestro anclaje personal entre la cultura actual y la tradición espiritual de nuestro carisma. Es bueno llegar a detectar las voces mudas de nuestra cultura marianista y así poder proponer una red de experiencias no solo existenciales y personales sino también institucionales y comunitarias. Pero antes tenemos que hacernos la pregunta del millón.

### 1. ¿Hay una cultura de la vida marianista?

Y la tiene que haber. Los carismas suponen respuestas humanas a un don de Dios y por tanto tienen necesidad de una dimensión y mediación social y cultural. Necesitan ser encarnados en diferentes expresiones culturales a lo largo de la historia del grupo que los ha recibido y asumido. Las precisan, también, para transmitirse unos a otros el carisma recibido. Estas expresiones son el patrimonio cultural de una Familia espiritual<sup>12</sup>.

La cultura es la urdimbre donde nos arraigamos; donde echamos raíces y logramos crecer. Es una forma compartida de vivir el mundo, de dar nombre a lo que vivimos, de intercambiar los signos y los significados de las cosas y de las personas. *Se la identifica con un conjunto de expresiones que dicen bien lo que somos y nos configuran de una manera original y propia.* Nos identifican casi sin darnos cuenta y nos hacen ser lo que somos; en nuestro caso, marianistas. La cultura nos da raíces y nos arraiga de ese modo en la vida. Y algo de esto sí tenemos, sin duda, los marianistas.

La vida marianista *es cultura y una forma muy peculiar de cultura.* Y no por el gran bagaje intelectual o artístico de los integrantes. Y sí porque se ha convertido, poco a poco, en una manera de afrontar la vida, de vivir el pasado, el presente y el futuro, de situarse en el medio social y de pertenencia al grupo. Es una forma de vivir las relaciones diversas, el amor, el sufrimiento, el gozo y las debilidades, la enfermedad y la muerte. En fin, la cultura marianista nos sitúa en los enclaves de la humanidad, allí donde la gente vive y trabaja, sufre y sueña<sup>13</sup>. Por la mediación de la cultura estamos en medio de la vida, participando en ella.

Nos da una calidad de vida original y diferente, un estilo que genera preguntas y pone intensidad en determinados aspectos de nuestra existencia. Por ella estamos más entregados, más comprometidos, más libres, más contemplativos.

Por la cultura marianista nos transformamos en testigos de otro modo de vivir la vida; de un algo distinto que no sabemos bien qué es. Así, *en el fondo somos fruto y al mismo tiempo generamos una cultura propia, somos criaturas y creadores de ella.* No es algo extraño, ni una forma de vida segregada que no cabe en el mundo de las relaciones. No se nos pide que nos singularicemos en el vestir, el comer, la vivienda, aunque estas realidades sí pueden tener un toque especial. Se nos pide, que viviendo como los demás, seamos capaces de transparentar otro modo de ser que nos

<sup>12</sup> J. A. Gómez, *Inculturati and religious life*, Quezon city, 1995, 39

<sup>13</sup> “La causa del hombre y su cultura es un lugar de “reencuentro” y de “colaboración” privilegiado para todos los hombres honestos y de buena voluntad” (Hervé Carrier, *Evangelio y culturas*, Edice, Madrid 1988, p. 15))

singularice, porque se ha hecho algo propio y se ha transformado en carne de nuestra carne. Formamos parte de un grupo que tiene un estilo diferente de vivir las cosas. Diferente y propio.

Los marianistas *no hemos pretendido ser mejores que los demás; hemos preferido compartir a competir*. Ya hace años que se escribió que “no somos muchos ni tampoco los mejores”. Sin embargo, no falta el estímulo y las ganas de superación. *El deseo de vivir la vida con intensidad es una metáfora de lo que es un marianista*. Lo que más ayuda a conseguirlo es la abnegación por una parte y por otra la gratuidad.

La cultura marianista existe. Si no, difícilmente existirían los marianistas. Es la cultura en la que éstos habitan y de la que extraen una buena parte de su identidad, ya que es el núcleo de donde se recibe el modo de ser, de proceder, de sentir y de compartir. Por ella la identidad regalada y negociada se hace, también, identidad adquirida y conquistada a base de poder presentar un testimonio claro y transparente.

Por supuesto, que si la cultura marianista existe se tiene que ver. Se convierte en mosaico de los colores más diversos y atractivos. Mosaico que atrae la atención. En el Capítulo V describiremos cómo está hecho este mosaico. Así serán muchos los que fijarán la atención en esta obra en la que han colaborado y colaboran hombres y mujeres que han tejido con sus manos esta obra de artesanía que adorna sin deslumbrar.

Pasamos a la segunda pregunta. Esta cultura que existe ¿en qué consiste?.

## 2. ¿De qué hablamos cuando de esta real cultura marianista hablamos?

Hablamos de una concreta y específica manera de ser, de actuar y de pensar; hablamos de “flor y canto, de danza y poesía”. La confirmación de esta afirmación nos la da el Capítulo General de 1991: *"Existe una forma marianista de ser, de pensar y de actuar que debería convertirse en nuestra cultura"* (MC. 19). En una palabra, es algo que llevamos en al sangre.

El mismo Capítulo sospecha que no todo el mundo está de acuerdo con esta realidad ni todos tienen conciencia de ella. Así ocurre en los que podríamos llamar marianistas *"invisibles"* o *"anónimos"*. Para ellos es suficiente pertenecer a la Familia marianista en el fuero interno o “in genere” o virtualmente. No ven necesario que se exprese públicamente lo que creen; ni ven conveniente la identificación marianista en cuanto tal ni hay que actuar pastoralmente con una propuesta cultural propia. Su modo de proceder es como el de los cristianos anónimos.

Hablamos de algo que es *objetivo y subjetivo*; objetivo porque se puede compartir por muchos, observar, analizar e incluso transformar. Pero también subjetivo. Es real en la medida que es asumida por cada individuo. Todos somos hijos y fruto de una cultura determinada y desde ella nos relacionamos con el mundo, con los demás y con nosotros mismos. Pero no significa que estemos totalmente determinados por ella<sup>14</sup>. Al contrario, la podemos cambiar, desarrollar o sustituir. De hecho la conversión individual supone muchas veces cambiar de cultura.

Hablamos de algo que nos da visibilidad. Existe, por supuesto, el *marianista visible*. Diríamos, el que “ejerce” de marianista y como tal se le ve y se le identifica. Cuando habla, su hablar le delata marianista. Tiene el vocabulario marianista. Actúa como marianista. Se le reconoce como tal por lo que dice y sobre todo por lo que es. Lo que expresa le sale del corazón. Su identidad se la da un núcleo carismático que toma forma en una cultura. Esa cultura se le identifica como con un sello o marchamo especial que se convierte en algo distintivo. Está convencido que muchos no leerán otro evangelio que su vida, no sabrán de cultura marianista más que lo que en él ven.

<sup>14</sup> Miralles, J. Problemas y tendencias de la sociedad europea en el próximo futuro, Sal Terrae, 81/5, mayo 1993, p 343-359

Hablamos de un aire de familia. La cultura común reúne, nos hace familia, nos convoca, nos da la fuerza de la unión que crea. Ella consigue que un marianista se parezca a otro, una comunidad marianista a otra, una obra marianista a otra. *Este aire de familia* viene del hecho de que sea la misma sangre la que corre por las venas de este cuerpo marianista y que de hecho se reaccione con el mismo instinto ante las diversas realidades. Este aire de familia supone la referencia a los mismos padres que originan la fraternidad repartida y compartida que se convierte en el sello que nos identifica. En fin, este aire marianista se respira, renueva nuestra sangre, llena nuestros pulmones, nos da un característico tono de voz, nos pone rostro, nos deja con un estilo.

Esta denominación “aire de familia” remonta al Fundador. Para él ese aire venía de la asimilación de los rasgos distintivos de los marianistas; de aquello que les identifica y los diferencia de otros grupos eclesiales. En el fondo, cuando hablamos así nos estamos refiriendo a la identidad marianista. Concepto que ha evolucionado con el correr del tiempo y no solo entre los marianistas, sino en todos los grupos religiosos. Es una identidad que nos ayuda no solo a diferenciarnos de los demás. Nos permite, sobre todo, identificar los elementos que podemos compartir con los otros. Entendida así la identidad se convierte en una fuente de comunión más amplia.

Hablamos de *unos elementos comunes*. Son el esqueleto o armadura de este cuerpo en los que se encarna este espíritu marianista. En él estos elementos se arman y articulan. Se les encuentra en la formación y en la educación, en el trabajo parroquial y en el compromiso social. Se expresan en los primeros capítulos de los documentos básicos de los diferentes grupos de la familia marianista y se da con sus aplicaciones en los que siguen. Son como la gran estructura con la que está armada la casa de la Familia marianista, casa con identidad y originalidad propias. Se nota que el arquitecto fue distinto. Estos elementos comunes nos dejan con unos “rasgos característicos” y nos piden “unas virtudes características”. La terminología puede variar. La realidad es la misma. Se llega a un modo de ser.

Hablamos, también, de *un modo de proceder, el* que nace y brota de un modo de ser. Hay un modo marianista de formar en la fe y de relacionarse como persona, de iniciar en la espiritualidad y en la misión, de trabajar con adultos y con jóvenes. Ese modo de proceder es más que un método ya que va unido a una manera de ser. A las personas las “delata” su voz, su escritura, su forma de caminar y de vestir, de rezar y de saludar, de reír y de llorar. El marianista tiene un modo de proceder; una especie de código genético para actuar y mover a los demás a la acción. Este modo se adecua a las nuevas necesidades y exigencias y así se hace tradición marianista. Es como una especie de mapa o de guía de ruta para nuestro caminar por la vida. Si lo seguimos, poco a poco nos vamos socializando en la realidad marianista, nos va penetrando el espíritu marianista y así nos transformamos en marianistas. Como ya hemos dicho, nadie nace marianista; nos hacemos marianistas y el proceso se da en el seno de la familia marianista.

Entre los religiosos este modo de proceder estaba definido en el pasado por un famoso libro llamado de “Usos y costumbres” o costumbrero. Lo estaba antes y ahora en la Regla de vida. En el famoso “costumbrero” se entraba en demasiados detalles ya que se definía la dirección, la distribución y el empleo del tiempo, la oración mental y otras devociones, la conferencia religiosa, el silencio, la guarda de los sentidos, las penitencias y cuidados del cuerpo, la habitación, el vestido, los deberes de cortesía, la relación con los hermanos, y con el exterior, la obra de educación y demás obras de celo, los órganos de gobierno. Esto se fue ordenando en diversos Reglamentos para directores, ecónomos, postulantes, escolásticos. En el fondo todo estaba marcado por un principio propio de la Vida religiosa del siglo XIX: la uniformidad y la centralidad, la sobriedad y la exigencia. Todos estos reglamentos describían el modo de proceder personal y colectivo de los religiosos; modo que tenía que ser el mismo, salvo raras excepciones, en los lugares más diversos del mundo. Por ello era en la práctica idéntico el edificio del colegio de Beçanson, que el de Pallanza, de Nagasaki o St Louis. Estos principios, por lo demás, han estado presentes entre los religiosos hasta los días del Concilio. Lo mismo ocurría con las normativas de la Congregación de Burdeos de comienzo del S. XIX. Eran meticulosas las indicaciones dadas para desarrollar la

reunión semanal. Estaba indicado quién comenzaba y terminaba, qué se hacía antes y después, las distintas responsabilidades que tenían los diferentes integrantes del grupo.

Hablamos, también, de *unas expresiones culturales*. Como el árbol produce sus frutos también una cultura produce los suyos. La palabra cultura viene de cultivar y cultivar nos lleva a referirnos al campo, a la tierra, a la agricultura, a las raíces y a los frutos. Los marianistas han hecho un poco de cultura; tienen su pequeño acerbo cultural. Poseemos un patrimonio social, tenemos una cultura, unas obras culturales, algunas expresiones artísticas que han surgido de nuestro espíritu. Hemos producido expresiones literarias y organizativas. Para conocerlas es importante ir a los archivos marianistas y darse cuenta que se encuentra bastante más de lo que se cree. Hay que dialogar con los testimonios vivos de esta cultura.

Hablamos de una *visión de la persona humana* y de una iniciación en esa visión. Ya que toda cultura “es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por el acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios”<sup>15</sup>. En cada cultura este doble misterio – el de la persona humana y el de Dios – se encuentran y se entrelazan de manera propia. No hay cultura si no es del hombre, por el hombre y para el hombre. No se puede negar que el hombre existe siempre en una cultura concreta pero no se agota en ella. En el hombre existe algo que las trasciende. Todos estos elementos son fundamentales en lo que podríamos llamar y hemos llamado “una antropología marianista”.

Hablamos de *una común espiritualidad*: la espiritualidad es como el agua de riego o de lluvia que en pleno verano mantiene fresco el jardín. Es un fruto del espíritu que inspira y anima. Por efecto de esta espiritualidad el ser humano puede amar y esperar, creer y confiar en Dios y en los seres humanos. Por ella celebramos el espíritu humano y cristiano y su acción en el mundo. Entre los marianistas se encuentra en algunos lugares una clara manifestación de la acción del Espíritu del Señor. La espiritualidad es la fuente de nuestra cultura. Le da autenticidad y creatividad<sup>16</sup>.

Al terminar este apartado podemos tener la impresión que la cultura marianista lo es todo y no es nada. Es espiritualidad e identidad, es comunión y diversidad, estructura y Espíritu, es alma y cuerpo, es lo propio y lo exclusivo, lo universal y lo que nos une. No hay duda que tiene su especificidad; no es una “llave maestra” ni un lugar común. Sí es una llave con la que se abre la puerta de la casa en la que no falta biblioteca y capilla, rincón sagrado y cofre del tesoro, un cuarto para el corazón y otro para la mente, uno para la imaginación y otro para la sensibilidad, un taller de arte y otro de oración, cocina y jardín. En ella hay pinturas y esculturas, versos y canciones, un modo de cocinar, un estilo de relación y de trabajo, una mesa para comer y otra para escribir, una para reunirse en torno y otra para celebrar la eucaristía. Por ella, por la cultura, hay una estructura en esa casa y un Espíritu, un ambiente y un aire que se respira. Cuando falta se echa de menos y se acierta a describir aquello de lo que estamos privados.

### 3. Describiendo la cultura marianista

Cuáles son elementos de la cultura marianista. y cómo se articulan, entre sí? ¿De qué manera se interrelaciona con otras culturas? ¿Qué es lo específico y original? Toda buena definición debe precisar el "género próximo" y la "diferencia específica". Lo que tiene de común y lo que es propio. ¿Cómo se aplica esto en el caso de la cultura marianista? Es un hecho que una cultura no comienza

<sup>15</sup> Juan Pablo II, Disc a la ONU, 5 octubre 1995.

<sup>16</sup> Una espiritualidad es lo que está en el origen, y en cierto modo da forma a nuestra cultura; es nuestro patrimonio social: es el fruto de la acción de una sociedad que es familia y de unos miembros que son hermanos y hermanas y por tanto se parecen unos a otros y trabajan por los mismos ideales.

a existir ni sobrevive por el hecho de definirla y atraparla conceptualmente; pero cuando existe y cuando se la "siente" es bueno concebirla, formularla para poder comunicarla y transmitirla.

#### a. Es una cultura

Son más de 200 las definiciones de cultura que se pueden encontrar en los libros de antropología cultural<sup>17</sup>. No resulta fácil dar con autores, entre los muchos que hoy día se ocupan de la cultura, que coincidan en una definición y todo ello porque este concepto se puede tomar tanto en un sentido muy amplio como en un sentido muy restringido. La cultura es todo aquello que se refiere a las creencias, los símbolos de integración, las prácticas ceremoniales, la forma de sentir y de organizarse y de compartir la vida. Antropológicamente la podemos asimilar a la lupa ya que a través de ella el hombre percibe los múltiples detalles de la realidad.

Etimológicamente está relacionada, como con la palabra “agricultura” y “culto” ya que tienen la misma raíz latina: colo, cultum, cultivar. Cualquier cosa cultivada por los hombres es cultura. Pero la cultura también nos cultiva a nosotros. Y si nos crea a nosotros también se convierte en un culto; un sistema “religioso” que determina lo que es más real y valioso para nosotros. Esta palabra adquiere un sentido diverso dependiendo del ambiente en que se usa. La UNESCO la define como “el conjunto de conocimientos y valores que no es objeto de ninguna enseñanza específica y que sin embargo, todos los miembros de una comunidad conocen”. Se puede decir, de una manera más gráfica, pero no menos verdadera: “*Es un modo de tratar a los taxistas, los grifos, los camareros, las miradas de las mujeres o de los hombres y el tiempo que pasa*”<sup>18</sup>. Junta todo, símbolos, ideales y modos de sentir y de hacer.

En el contexto angloamericano el concepto de cultura está muy marcado por los estudios de la antropología social. Por eso se habla de cultura juvenil, del consumo, militar... En este contexto cultura abarcaría desde el universo material y simbólico de valores, ritos, comportamientos públicos y privados hasta el utillaje y organización social de un grupo humano, de un pueblo o de un continente<sup>19</sup>. De este sentido parte el Profesor Kauffman en su historia de la Compañía de María en USA, *Education and transformation*, cuando en el capítulo cuarto nos describe la “Marianist religious culture”. En ese capítulo presta una atención especial a la formación que preparaba para transmitir el acervo cultural que ha estado en relación con nuestras instituciones culturales.

En Europa la cultura se relaciona con los diferentes campos culturales. Se convierte en el modo peculiar en el que los hombres y los pueblos cultivan su relación con la naturaleza, con los seres humanos, con ellos mismos y con Dios. Así se llega a una existencia plena. La cultura abarca toda la actividad del hombre, su inteligencia, su afectividad, su búsqueda de sentido, sus costumbres y sus recursos éticos.

En Asia la palabra cultura reúne las dos dimensiones indicadas. En África la reflexión sobre la cultura ha estado muy unida por una parte a la etnología y por otra a los procesos de enculturación e inculturación. La cultura nos hace originales y nos diferencia de otros. Cada etnia tiene la suya. Con todo, no se puede negar que muchos de sus rasgos coinciden con los de la cultura que está a lado.

La cultura entendida a la manera del Concilio Vaticano II (GS 53-62), se presenta para el marianista en el umbral del tercer milenio como una dimensión fundamental de la pastoral, ya que “el Evangelio conduce a “la cultura a su perfección y la cultura auténtica está abierta al Evangelio”<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> Kluckhohn, K Cultura, Fondo de cultura y desarrollo México, 1993. Al final concluye que la cultura es un producto de la acción humana y también una condición de la misma.

<sup>18</sup> Debrey, R. Citado por A. Finkielkraut en la obra La derrota del pensamiento, Anagrama, Barcelona,

<sup>19</sup> “Un conjunto complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, leyes, moral, costumbres y cualquier otra capacidad o hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad” (E. B. Tylor)

<sup>20</sup> “Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y

En nuestro estudio usaremos de un modo preferente el término cultura entendido como se comprende en el mundo anglosajón pero sin olvidar la acepción europea. Corresponde a la manera de vivir de una sociedad determinada y el resultado de lo que tiene éxito y ayuda para facilitar el trato de las personas entre sí. Enmarca el escenario de las acciones, orienta las actividades, resuelve los problemas y posibilita a las personas la planificación de sus vidas y el conocimiento de las reacciones y respuestas de los demás. También la podemos entender como un conjunto de ideas y significados por cuyos términos los seres humanos interpretan su experiencia y guían sus acciones. La cultura o subcultura marianista nos acercará y nos expresará el original modo de ser del marianista.

En el fondo, la cultura es una forma de ser persona y de realizarse como persona. La podemos comparar a la ventana a través de la cual la gente mira la vida y el mundo. Comprende arte, lenguaje, costumbres, ideas compartidas, reglas y significados<sup>21</sup>.

La cultura marianista tiene las dimensiones propias de toda cultura. Posee los elementos propios de una subcultura. Sobre todo produce los efectos de una cultura cuando se asimila bien. Por supuesto, los que son llamados a ser marianistas necesitan ser iniciados en esa cultura y únicamente los que han recibido esa iniciación podrán multiplicar la vida marianista. *Sólo alguien que es marianista hace marianistas las instituciones, las comunidades, los ministerios y las personas, la reflexión y el sentir, las relaciones y actividades.*

De todas formas, hay que reconocer que no es fácil tratar el tema de la cultura. Es más bien tema de entendidos, de filosofía, de cátedra universitaria, de muchas implicaciones y no todas ellas precisas. Cuesta colocar a una familia espiritual, como la marianista, en el horizonte de la cultura. Por otra parte, la cultura es tema profano. *La fe está como escaldada de sus malos encuentros con la cultura.* No hay duda que es un lugar teológico donde se presentan y se leen los signos de los tiempos. Pero solo desde una fe viva se pueden descifrar esos signos.

Podemos dar un paso más. El tema de la cultura no siempre resulta interesante. Pareciera que es una realidad imprecisa. Lo es todo y no es nada; estamos inmersos en ella y damos la impresión de encontrarnos distantes. Es fácil creer que la cultura se pierde entre las páginas de los libros y en los grandes títulos con los que identificamos sus tendencias. Para algunos llega a ser el recurso para eludir o reducir la importancia de los temas más candentes e inmediatos de la realidad sociopolítica. *No resulta fácil relacionar el tema de la cultura con la conversión personal, la oración, la disminución de las vocaciones, la felicidad de la gente, el incremento de la pobreza.* En una palabra, no es fácil relacionarla con la vitalidad o la esterilidad de esta Familia marianista. Y sin embargo, sí está interrelacionada pero cuesta ver cómo se da esa mutua interacción.

Esta vitalidad de una u otra forma la entiende todo el mundo; todos la queremos y la buscamos y por ella trabajamos. *Vitalidad significa buen espíritu, vigor interior y mística del grupo, crecimiento en cantidad y en calidad, fecundidad, voluntad decidida de compartir lo mejor de nosotros mismos y maduración plena.* Es capacidad para resistir las dificultades y fortaleza para superarlas. Esta vitalidad se manifiesta en nosotros de una manera especial en una vida según el Espíritu del Señor, fecunda en frutos de alegría, sabiduría, fortaleza y piedad. Todos sabemos, por otra parte, que no son signos de vitalidad el cansancio, el aburrimiento, la tristeza, el pesimismo, la

---

desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano” (GS 53). Idem, Juan Pablo II, Disc al consejo pontificio de la cultura, 14 mayo 1997.

<sup>21</sup> “La cultura implica criterios de juicio, valores, centros de interés, líneas de pensamiento, fuentes de inspiración y modelos de vida” (EN 19).

renuncia a dar nuevas batallas y ser más y mejores, el determinismo derrotista, la ausencia de pasión y entrega generosa para hacer lo que hay que hacer, la falta de ardor y de celo por el Reino y por el Señor.

#### **b. Es una cultura que tiene en su núcleo una espiritualidad**

Toda persona creyente tiene necesidad de experiencia y necesita la experiencia y tiene que aspirar a ella. *En el origen de esta cultura marianista hubo una experiencia cristiana.* Esto hizo que la cultura se convirtiera, en cierto modo, en una cultura que se sustenta en una espiritualidad y que cultiva una espiritualidad. En ella la relación con Dios es la principal relación; los valores religiosos son los valores centrales; las motivaciones de fe las que mueven a la acción; el servicio de la fe y de la caridad la actividad más importante<sup>(22)</sup>. En el fondo, en esta cultura solo van a tener derecho a la palabra los que consiguen la experiencia de Dios y son capaces de hacer de ella la experiencia fundante de su vida.

A su vez, esta cultura es para hombres y mujeres con fuerte sentido espiritual; que han sido llamados a desarrollar los valores del espíritu y buscan una estructura y un ambiente, un "terreno" que permita crecer en la vida en el espíritu.

Es una cultura que tiene en su núcleo una espiritualidad *pero es diferente de una espiritualidad.* Estamos ante una realidad más amplia y general; envuelve la espiritualidad y le da contexto; la califica y la orienta, la encarna y la transmite. La ayuda a expresarse de manera original y precisa; inteligible y concreta. Cuando una espiritualidad *se incultura se transforma en una cultura; cuando el carisma marianista se incultura se transforma en la cultura marianista.*

En una palabra, la cultura marianista brota del concepto de identidad marianista; de un conjunto de ingredientes espirituales y de rasgos sociales que orientan la vida y la misión de los religiosos y los laicos, de los hombres y las mujeres. Brota de ese concepto pero va más allá. Llega a expresarlo de una manera original y al mismo tiempo fiel a sus orígenes; de un modo tal que asume la diversidad de expresiones que esta identidad ha ido tomando a medida que se implantaba vida marianista en diversos contextos y lugares del resto del mundo; de una forma inclusiva que intenta unir los lazos comunes de las personas, respetando la identidad cultural de cada una de ellas. La unidad en la diversidad y en la pluralidad estaría alimentada por la comunión y orientada por el gran criterio de la tradición marianista: "unión sin confusión".

Podemos afirmar que *está mejor identificada la espiritualidad marianista que la cultura marianista.* El esfuerzo creativo para dar nombre a las expresiones culturales de nuestra espiritualidad es indispensable para poderla asimilar bien y transmitirla mejor.

#### **c. Es una cultura que está muy marcada por la actividad de la educación**

Es un hecho que el compromiso de los marianistas religiosos con la educación está en el corazón de la identidad marianista. También el de un buen número de laicos. Ha sido el ministerio principal de la Familia marianista por muchos años y el exclusivo en alguna época. Lo que ha marcado su modo de proceder y también su espiritualidad inicial. Con una obra educativa se ha iniciado nuestra presencia en la mayor parte de los países. Para ser educadores han sido formados una buena parte de sus miembros. La obra educativa ha concentrado la atención de muchos integrantes de la Familia marianista. Los marianistas saben educar; son educadores y se les tiene por tales en varios de los países donde se encuentran.

---

<sup>22</sup> Por ello quien no entra es esta experiencia religiosa fundante no entiende la cultura marianista. En el origen de la vida marianista está la experiencia intensa de crecimiento espiritual que el P. Chaminade vivió e invitó a vivir; la Familia marianista nace para hacer una experiencia y para recorrer un camino.

¿Se había nacido para eso? No exactamente. Se había nacido para vivir y multiplicar un carisma. Con el pasar del tiempo se confunde el medio con el fin. Son pocos los marianistas que conservan y reviven esa conciencia de estar al servicio de la transmisión de un carisma y son muchos los que se consideran preparados y llamados a animar o dirigir una obra educativa o parroquial.

La cultura marianista, por lo mismo, es una cultura muy cercana a una cultura educativa; tanto en los contenidos, como en la distribución del tiempo, del talante de las personas como de las actividades que las configuran. Con mucho acierto Kauffman, al hacer la historia de los marianistas en USA, llega a esta misma conclusión. Por eso mismo está en el corazón del título de su obra: “Transforming society, through education”.

**d. Es una cultura que a partir de las últimas décadas del S. XX intensificó su dimensión inclusiva: vida religiosa y vida laical y hombres y mujeres**

En ese intento continúa ahora. Los elementos de una cultura laical (seglar) propia de la vida religiosa se comienzan a mezclar con los propios de una cultura religiosa. Esta mezcla es buena y necesaria. Va a suponer un enriquecimiento para todos y por supuesto para la cultura marianista. Así se pone a tono con la gran tendencia a la inclusión. Así, también, para la cultura de los religiosos aparecen elementos de enganche fácil con la cultura ambiente, provenientes de los laicos. Así lo reconocía el Capítulo General del 1991<sup>23</sup>. Es una encarnación más del carisma marianista. Estuvo presente en su origen. Se perdió después este real contacto entre “lo seglar” y lo “religioso”. Las expresiones conjuntas de la vida marianista pueden ser muy significativas para la cultura marianista. Sin embargo, también aquí podemos decir que la predominante, al interior de la Familia marianista, es la cultura de los religiosos.

La inclusividad mujer/hombre también es propia de esta cultura. Debería producir un acercamiento a Dios, a los demás, a la realidad diferente del que vemos con alguna frecuencia. Solo juntos, hombre/mujer, se conseguirá la gran transformación antropológica del siglo XXI

**4. Una triple dimensión**

En este esfuerzo por describir la cultura marianista damos un paso más. El haber nacido y crecido dentro de una determinada cultura, el haber entrado en una determinada Familia espiritual, que también tiene su cultura, y el trabajar a menudo en contextos culturales distintos del de nuestra propia formación humana hace que de hecho nuestra situación cultural concreta sea tridimensional. Sobre esta triple dimensión y sus implicaciones quiero centrar la atención en este apartado. Para definir bien algo es importante conocer sus “confines”; por medio de ellos se aprende de dónde se viene y hacia dónde se va y por supuesto dónde se está. La cultura marianista de cualquier de nosotros tiene por debajo nuestra cultura familiar y local; su límite superior es la cultura ambiental nacional, general y global.

**a. La cultura que hemos heredado**

Todos hemos heredado una *determinada cultura*; *hemos tenido una cultura inicial*; aquella en la que hemos nacido y en la que nos hemos formado como seres humanos. La que hemos respirado y nos ha sido transmitida por el contexto materno-paterno, familiar, local, regional... Todos hemos pasado por un proceso de inculturación en esa cultura que va unida a nuestro nombre y apellido.

---

<sup>23</sup> “ Los seglares marianistas están normalmente en contacto más directo con las realidades del mundo y con las culturas en las que trabajamos. Son una gracia especial para ellos. Su fe y su experiencia nos ayudan a discernir y comprender la cultura. Con ellos podemos evangelizar mejor” (MC 5)

Cada grupo humano se encuentra establecido en un determinado medio ambiente al llamamos “habitat”. La tierra en la que hemos nacido y crecido; la tierra de nuestra familia es el punto de partida de nuestra cultura. Esa tierra ha sido mi “casa”; el primer punto de referencia de mi identidad cultural; mi pueblo, mi calle, mi plaza, mi iglesia, mi escuela.

La persona no solamente ha tratado de adaptarse a la naturaleza, al paisaje, al medio ambiente en que se ha establecido sino también ha intentado adaptar todo a sus necesidades. Ha buscado “dominarlas”. Lo ha hecho descubriendo las leyes de la naturaleza y al mismo tiempo descubriendo sus propias capacidades para enfrentar el medio y el ambiente. Hemos aprendido a “labrar” la tierra y al mismo tiempo a encontrar los medios para sobrevivir en ella. Su labrar no se ha limitado a sólo las actividades que realiza para encontrar el pan de cada día, sino que se ha extendido a muchos otros campos: construcción de vivienda, confección de ropa, fabricación de utensilios domésticos, música, arte... La cultura es el fruto de la acción del hombre. Es todo lo que cultivamos, cuidamos y veneramos: cultivamos nuestra cultura. Por ella aprendemos a vivir, sobrevivir y convivir.

Está claro que nuestra cultura nos ha formado y nosotros la hemos formado. Somos criaturas de nuestra cultura y al mismo tiempo criadores y criadoras de la misma. La cultura, lo hemos dicho, nos da una determinada identidad. Nos identificamos con nuestra familia, nuestro pueblo, nuestra región. En ella encontramos una seguridad existencial para nuestra identificación. Al mismo tiempo, la cultura nos condiciona. Hemos sido “programados” por nuestra cultura y por eso pensamos, sentimos y reaccionamos de una determinada manera, la heredada de nuestro núcleo familiar y que no tenemos por qué perder al llegar a la Familia marianista.

Pero la cultura local o regional no debe llegar a ser una realidad absoluta. Nuestra cultura no es necesariamente la mejor y la única buena. La absolutización de lo propio en base a nuestra formación cultural a menudo lleva a la formación de prejuicios con respecto a los que no son como nosotros y que no tienen lo que nosotros tenemos. La cultura, en el fondo, es un saber; un proceso de realización que nunca termina. Una identidad cultural abierta, una constante toma de conciencia de nuestros condicionamientos, la correcta relativización de lo nuestro y una superación de los prejuicios inherentes a toda verdadera cultura garantizan la creatividad y el dinamismo de la misma.

No hay duda que nuestra propia cultura también puede llegar a ser un factor frustrante para nuestra existencia. Eso ocurre cuando se pierde creatividad y dinamismo o cuando otros la rechazan, la menosprecian o la califican como inferior.

#### **b. La cultura de nuestra familia espiritual**

El evangelio, por definición, está destinado a todos los hombres, reunidos en diferentes culturas como genuinas expresiones y creaciones de su anhelo y búsqueda de su realización.

Los carismas necesitan una concreción cultural. Desde una búsqueda y una preocupación por la realización del Evangelio y en relación con determinadas situaciones y necesidades han surgido particulares inspiraciones que se traducen en un determinado carisma. El mismo que a su vez puede traducirse en formación de una comunidad o grupo religioso y espiritual. Todos los carismas se han expresado en alguna frase clave y en algún punto importante. En todos estos grupos se habla de vida comunitaria y de sus implicaciones, de vida con Dios y hacia Dios, fruto de la teología de la fe y del servicio a la Iglesia. Somos de este mundo y nos realizamos en este mundo y en una determinada cultura.

La realización práctica del carisma pasa por una creación de cultura. Ahí entra la espiritualidad que es una verdadera concretización del carisma del Fundador y de la Fundadora llevada a cabo en un determinado contexto, época, ambiente y lugar.

Así se forma lo que estamos llamando en estas páginas la cultura marianista. Cultura que tiene como ethos el carisma del Fundador y que al mismo tiempo es reflejo de la cultura en la que recibió la inspiración. Una cultura propia se deja o se tiene que dejar marcar por los mismos verbos de la cultura en general de que hemos hablado antes.

Necesita habitar, es decir, saber estar en este mundo; tiene que encontrar un modo particular de estar en casa tanto en su dimensión material (vivienda, vestido, comida...) como en su dimensión espiritual se llega al cultivo de relaciones humanas donde los sentimientos, aspiraciones y anhelos de los miembros encuentran canales para expresarse y formas de ejercitar la vida del espíritu.

Necesita labrar. Cada Familia espiritual tiene sus modos de trabajar en este mundo, su propia creatividad, su propia dinámica en cuanto a la atención que quiere prestar a las necesidades de la Iglesia y de la sociedad y en cuanto al anuncio del evangelio.

Necesita cuidar. Lo que se ha heredado de los Fundadores es valioso y caro. Por tanto debe ser cuidado, conservado, como una perla que tiene que seguir brillando; como un fermento que puede seguir dando fruto a lo que sembramos.

Esta cultura también forma y debe ser formada. Por el proceso de inculturación en una determinada cultura se entra en una familia espiritual. Ella, desde su cultura, desde su realización amplía mi identidad y la enriquece. Pero al mismo tiempo me condiciona invitándome a adoptar un determinado modo de ser, de pensar y de actuar. La identidad peculiar de un grupo espiritual puede ser absolutizado y volverse rígida, cerrada y conservadora. Puede llegar, incluso, a una dimensión negativa. Tiene que prestar atención a la creación de prejuicios con respecto a otros grupos, comunidades o personas que viven y se realizan desde otro carisma o desde otra determinada concretización del mismo.

Como veremos más adelante, también en la cultura marianista tiene que haber una constante dialéctica entre la tradición y la búsqueda de nuevos horizontes. En esta dialéctica se trata de vigilar para la realización del Evangelio según el carisma propio marianista. Se tiene que distinguir entre el carisma y el modo como ha sido ordenado conforme a un determinado contexto cultural. Se debe estar muy atentos a las nuevas situaciones, necesidades, realidades y desafíos. La comunidad tiene que estar dispuesta a dejarse inspirar por estas necesidades y situaciones. Así, la concretización del carisma no se hace anticuada y al mismo tiempo el carisma mantiene su frescura, atractivo y actualidad. La crisis de identidad de algunos grupos no debe ser interpretada como algo negativo sino más bien como algo necesario y consecuencia de esta señalada dialéctica. Donde no hay crisis no hay creatividad y no hay dinamismo.

### **c. La otra cultura**

Cada cultura es una genuina manifestación de la autorrealización del pueblo que la ha creado, desarrollado y conservado. Por supuesto siguen presentándose todas las tendencias existentes en una cultura única. Una cultura llamada universal y postmoderna que tiende a unificar a toda la humanidad. Sin embargo, aunque todos los pueblos del mundo ya integran y en el futuro integrarán aún más los nuevos elementos de la cultura técnica, digital o biogenética, estos pueblos conservarán, al mismo tiempo, algunos logros y valores culturales propios para seguir afirmando su peculiaridad y su propia idiosincrasia. Además, fomentar o favorecer la aculturación de los diferentes pueblos del mundo a una cultura determinada significa automáticamente fomentar y favorecer el empobrecimiento no sólo cultural, sino también social y espiritual, de la humanidad. Al contrario, apoyar y estimular la conservación de las diferentes culturas, sin excluir la integración en ellas de nuevos logros del hombre moderno, significa promover la conservación de la enorme riqueza cultural que la humanidad en sus muchos pueblos y razas ha creado, acumulado y cultivado en su constante búsqueda de una mejor autorrealización.

Hay muchas maneras de habitar, de labrar, de cuidar y de venerar esta cultura universal. Hemos indicado en los diferentes niveles culturales hay una constante dialéctica entre lo que se ha creado y la creatividad, entre lo que forma y lo que se deja formar. Esta dialéctica recibe incentivos y estímulos no solamente desde dentro de la cultura sino también desde fuera; es decir, de otras culturas. Una cultura que se encierra en lo que ha creado y pierde su creatividad se estanca y puede llegar a desaparecer; una cultura que se encierra en si misma y deja de enfrentarse a otras culturas igualmente se paraliza y se pierde. El contacto de una cultura con otras culturas puede ser doloroso, en especial cuando esas otras culturas se presentan como superiores y cuando en base a esa pretendida superioridad quieren hacer desaparecer o aniquilar las otras culturas.

La Familia marianista, con nuestra propia herencia cultural está en el contexto de esta tercera dimensión cultural. Es una cultura global y mundial. Y ello en un doble sentido. No puede dejar de relacionarse con “la otra cultura”; está en ella y es de ella. De esa cultura llegan las personas que se integran en nuestras comunidades. Al acercarnos a la otra cultura, al tratar de integrarnos de alguna manera en ella y de comprometernos con aquellos que han encontrado en ella su casa es necesario adoptar una postura de respeto y de diálogo. Nuestra actitud ante los que tienen otra cultura debe ser como la presencia del alumno ante su maestro: llegamos a ella para escuchar, aprender, recibir, enriquecernos con todo lo que esa otra cultura ha acumulado a lo largo de su historia. En ella hay sabiduría y experiencia. Esto requiere silencio y una gran capacidad para poner entre paréntesis nuestros propios criterios y juicios, relativizar nuestras pretensiones y nuestros conocimientos y abrirnos para que podamos recibir los dones que la otra cultura puede ofrecernos. Por más que hayamos aprendido en la vida, por más que hayamos estudiado, frente a la otra cultura somos y seremos gente ignorante y gente desconcertada.

La otra cultura puede enriquecer nuestra identidad y ampliarla. Puede hacernos más humanos y ayudarnos en la búsqueda de nuestra autorrealización. Nuestra inculturación, nuestra entrada en la casa del otro no implica una aculturación. No hace falta traicionar lo nuestro, dejar de cultivar lo nuestro. No implica una identificación plena con la otra cultura. Una identificación plena es imposible; es una ilusión. En esto tenemos que ser muy realistas. Lo que la inculturación sí implica es apreciar, apoyar, promover y defender la otra cultura.

No solamente vamos a la otra cultura para aprender; también para aportar con algo a su caminar por la historia, a su búsqueda de caminos para llegar a una mejor realización. Podemos participar en la dialéctica de la otra cultura, lo que se caracteriza por la búsqueda, a veces dolorosa y desesperante, del equilibrio entre los valores tradicionales y los valores aparentemente nuevos. En la cultura actual se da al mismo tiempo una búsqueda de equilibrio entre la identidad cultural que se ha afirmado y desarrollado a lo largo de la historia y la nueva identidad que es aún insegura y desconocida.

No hay ninguna duda, como veremos más adelante, que desde la perspectiva de nuestra propia cultura – profana y religiosa- podemos orientar con toda modestia y humildad a aquellos cuya cultura se encuentra en un proceso de cambio, en una situación de crisis al igual que la nuestra. Esta orientación debe partir del discernimiento común de lo que debe conservarse y de lo que puede cambiar, de lo que debe ser protegido y defendido para que la cultura conserve su identidad y de lo que, alcanzado desde fuera, puede y debe ser integrado para que la cultura mantenga su derecho de ciudadanía en el mundo actual.

Nuestro contacto con la otra cultura se acentúa y se vuelve aún más desafiante cuando integrantes de esa otra cultura piden ser admitidos en nuestras comunidades. Se presenta una nueva dialéctica. Aunque la verdad es que cada Congregación religiosa o cada Familia espiritual, al extenderse más allá del contexto cultural del Fundador o Fundadora, ya ha tenido la experiencia del contacto con otras culturas. La dialéctica se da ya que los nuevos miembros no solo buscan el reconocimiento de sus inquietudes religiosas y de su vocación para la vida marianista sino también el reconocimiento de su identidad cultural, sea ésta una identidad bien afirmada o sea una identidad en estado de crisis.

Para que esta dialéctica sea positiva y fructífera tenemos que partir de la convicción de que la Familia marianista será enriquecida con la entrada en ella de personas de otra cultura. La apertura de las comunidades hacia estas personas que tienen la cultura postmoderna como la cultura matriz debe ser realizada en base a un sereno discernimiento de lo que en nuestra tradición y en nuestra vida comunitaria es carisma y lo que es concretización del mismo en diferentes contextos culturales. Para tal discernimiento es necesario hacer una relectura crítica de los documentos originales y fundacionales. Así podremos establecer lo que en ellas corresponde precisamente al carisma y al contexto cultural de la época y del ambiente en que han sido escritas. Es importante, también, saber cómo se han ido integrando a los marianistas elementos culturales que han enriquecido o condicionado la cultura marianista pero que no son indispensables para la realización del carisma. Esta tarea no es fácil, pero sí necesaria para que nuestras comunidades puedan integrar de forma positiva a personas de otra cultura.

La Familia marianista enriquecerá a estas personas y ampliará su identidad con la cultura propia de sus miembros y con la cultura que ha ido creando al concretizar su carisma. Lo hará mucho más, y eso es lo más importante, con su experiencia y capacidad de realizar el Evangelio según la peculiar inspiración que han tenido los Fundadores. El carisma merece ser concretizado en nuevos contextos culturales. Los más indicados para llevar a cabo esto serán aquellos nuevos miembros de las comunidades marianistas que han nacido y crecido en estos contextos culturales.

Para garantizar el futuro de la Familia marianista es necesario hacer un profundo estudio y una seria reflexión sobre nuestra dimensión cultural en esta triple dimensión. Este estudio y esta reflexión deben tener en cuenta la dialéctica entre lo antiguo y lo nuevo dentro de la cultura que hemos heredado, dentro de la cultura marianista y dentro de las otras culturas con las que entramos en contacto. Debemos tomar en cuenta el dinamismo inherente a cada una de estas culturas. Al mismo tiempo se debe prestar atención a la dialéctica entre estas culturas. Esta interacción se debe caracterizar por una gran apertura y por una seria disposición y voluntad de enriquecimiento mutuo.

El trasfondo de estas dialécticas que brotan en el día a día de nuestra existencia y de estos encuentros verticales y horizontales será siempre el compromiso de realizar y practicar el Evangelio y de consolidar el carisma peculiar que ha surgido desde este compromiso con el Evangelio. Pero Evangelio y carisma no pueden concretarse fuera de determinados contextos culturales. El Evangelio y el carisma necesitan las culturas para que puedan realizarse. Las culturas necesitan el Evangelio y el carisma para encontrar caminos para una mayor y mejor autorrealización.

Desde ángulos diversos nos hemos ido acercando a la cultura marianista. Bien podemos decir de nuevo que es como una muñeca rusa (“matrioska”). Está hecha de capas diferentes. Con nuestro estudio y reflexión se llega al corazón y a la entraña de la misma. En el capítulo siguiente haremos historia. Esta cultura ha tenido algo más de un par de siglos para acumular experiencia y contenidos y para multiplicar las expresiones diversas de su fecundidad.

### **Para reflexionar y compartir**

#### **Representación de la cultura marianista**

Vamos a usar la imagen del árbol para representar la cultura marianista. Esta imagen nos permite ver la relación y el grado de influjo de los diversos aspectos de esta cultura. Esta imagen nos recuerda que no puede haber tronco sin raíces, ni ramas sin tronco, ni fruto sin ramas.

Esta imagen tiene por objeto saber y mostrar qué es lo que determina todo y por otra parte saber que cada cosa tiene su consistencia propia. Tiene también la intención de indicar que la cultura

marianista es un conjunto vivo, dinámico y en continua transformación. En el fondo, la cultura es un conjunto de tendencias.

Al representar la cultura marianista como un árbol se nos da la idea de que su vida depende de la interrelación de las partes: de la raíz (alimentación), del tronco (soporte), de las ramas (respiración) y de los frutos (maduración y generación). Teniendo la imagen del árbol como telón de fondo se puede identificar la estructura del grupo Familia marianista y también de la interacción de los diferentes elementos que la componen.

Se trata en este momento de señalar:

1. ¿Cuáles son las raíces de la cultura marianista?  
¿De dónde viene su originalidad? ¿Cuáles son los elementos claves?
2. ¿Cuál es el tronco de la cultura marianista?  
¿En qué se ha hecho fuerte la cultura marianista? ¿En qué campos, en qué expresiones?
3. ¿Cuáles son las ramas de la cultura marianista?  
¿Qué nombre dar a las diferentes expresiones de esa cultura? ¿Cuáles son las diferentes expresiones de esta cultura?
4. ¿Cuáles son los frutos de la cultura marianista?  
En los diferentes países, en los diferentes momentos; en el campo del arte, de lo religioso, de los conocimientos, de la política, de la literatura...